

The background of the cover is a photograph of the Statue of Liberty. The statue is shown from the waist up, standing on its pedestal. It is holding a torch in its right hand and a tablet in its left. The sky is a clear, light blue with some soft, white clouds. The overall tone is bright and clear.

# Mi enemigo mortal

*Willa Cather*

ALBA *minus*

Lectulandia

Myra Driscoll renunció a la fortuna de su tío y a una comodidad de princesa para ser fiel a sus sentimientos y casarse con Oswald Henshawe. Pero la obra mostrará el haz y el envés de aquella valentía ideal. A través de la exquisita mirada de la joven Nellie asistimos a la rememoración de dos momentos clave para el retrato de Myra: la vida del matrimonio en Nueva York, llena de glamour y de amistades artísticas, y su final empobrecido en una ciudad junto al Pacífico.

Lectulandia

Willa Cather

# Mi enemigo mortal

ePub r1.0

Sibelius 20.01.14

Título original: *My Mortal Enemy*

Willa Cather, 1926

Traducción: Gema Moral Bartolomé

Alba Editorial, 1999

*Mi enemigo mortal* se publicó en 1926. La traducción que aquí presentamos se basa en la edición de Virago Press (Londres, 1982).

Editor digital: Sibelius

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRIMERA PARTE

## I

Conocí a Myra Henshawe cuando tenía quince años, pero recordaba haber oído hablar de ella desde que tenía uso de razón. Myra se había fugado para casarse, y su historia era la más interesante que se contaba en nuestra familia; de hecho, era la única historia interesante que podía oírse durante las vacaciones o en las reuniones familiares. Mi madre y mis tías seguían recibiendo noticias de Myra Driscoll, que era como la llamaban ellas, y tía Lydia iba a Nueva York de vez en cuando para visitarla. En su juventud, Myra había sido la figura más brillante y atractiva dentro de su círculo de amigos, y había tenido una vida tan emocionante y variopinta como monótona era la nuestra.

Aunque había crecido en nuestra ciudad, Parthia, en el sur de Illinois, Myra Henshawe no volvió a pisarla tras su fuga, salvo en una ocasión. Fue el año en que yo terminaba el instituto; ella debía de tener unos cuarenta y cinco años. Llegó con el comienzo del otoño, tras enviar un breve telegrama de aviso. Su marido, que ocupaba un cargo en las oficinas de Nueva York de una compañía de ferrocarriles del Este, tenía que viajar al Oeste por negocios, de modo que interrumpirían el viaje un par de días para pasarlos en Parthia. Él iba a alojarse en el Parthian, que era el nombre de nuestro nuevo hotel, y la señora Henshawe iba a quedarse en casa de tía Lydia.

Mi tía Lydia sentía una gran predilección por mí. Tenía tres hijos mayores, pero ninguna hija, y opinaba que mi madre no sabía apreciar mi valía. En consecuencia, me proporcionaba continuamente ciertos «privilegios» adicionales, como decía ella. A mi madre y a mi hermana, las invitó a cenar en su casa la noche en que llegaban los Henshawe, pero a mí me susurró: «Quiero que vengas temprano, más o menos una hora antes que los demás, para que conozcas a Myra».

Aquella noche entré calladamente por la puerta principal de la casa de mi tía y, mientras me quitaba el abrigo en el vestíbulo, vi a una mujer baja y rechoncha vestida de terciopelo negro, sentada en el sofá del extremo más alejado del salón, tocando la guitarra del primo Bert. Debió de oírme, y al levantar la vista vio mi imagen en un espejo. Dejó la guitarra, se levantó y aguardó a que me acercara. Su inmovilidad era absoluta, con los hombros echados hacia atrás y el mentón en alto, como si quisiera recordarme que me correspondía a mí acercarme con la mayor rapidez posible y presentarme tan bien como supiera. Yo no estaba acostumbrada a formalidades de ningún tipo, pero ella consiguió transmitirme esa idea con su actitud.

Me apresuré a cruzar la salita con una expresión de tal perplejidad y desasosiego que soltó una breve carcajada de conmiseración al tiempo que me ofrecía su encantadora mano, regordeta y menuda.

—¡Tú debes de ser la querida Nellie de Lydia, de la que tanto he oído hablar! Y si no me falla mi lamentable aritmética, has cumplido ya los quince, ¿no es verdad?

Qué voz tan hermosa tenía, sonora, alegre y despreocupada en su amabilidad; pero su pose seguía siendo altiva. Siempre actuaba así cuando conocía a alguien; creo que se debía en parte a que empezaba a tener papada y quería disimularla. Sus ojos grises, muy hundidos y brillantes, parecían examinarme de los pies a la cabeza, juzgándome. Pese a que no era más alta que yo, me sentí absolutamente abrumada por su presencia y estúpida, desesperadamente torpe y estúpida. Llevaba los negros cabellos recogidos en un moño alto al estilo Pompadour, con curiosos mechones de lustroso color blanco, rizados y zigzagueantes, que parecían vellones de cabra persa o de algún animal que tuviera un sedoso pelaje. Me era imposible sostener su mirada curiosa y juguetona, de modo que dirigí la vista hacia el collar de amatistas talladas que colgaba sobre el escote cuadrado de su vestido. Supongo que me quedé mirándolo fijamente porque de pronto me dijo:

—¿Te molesta el collar? Dímelo y me lo quito.

Me quedé muda. Notaba que me ardían las mejillas. Ella se dio cuenta de que me había ofendido y lo lamentó; me rodeó impulsivamente con el brazo, me llevó hasta la esquina del sofá y se sentó a mi lado.

—¡Oh, ya nos acostumbraremos la una a la otra! Verás, te pincho un poco porque estoy segura de que Lydia y tu madre te tienen un poco mimada. Te han alabado demasiado al hablarme de ti. Está muy bien ser inteligente, querida, pero no debes tomártelo demasiado en serio; no hay nada que sea más aburrido. Bueno, intentemos conocernos. Cuéntame cuáles son las cosas que más te gustan; ése es el camino más corto hacia la amistad. ¿Qué es lo que más te gusta de Parthia? ¿La casa del viejo Driscoll? ¡Estaba segura!

Cuando llegó su marido, yo ya había empezado a pensar que iba a gustarle. Deseaba que fuera así, pero tenía la impresión de que no se me concedería la menor oportunidad; su voz, encantadora y fluida, su pronunciación, clara y ligera, me desconcertaban. Y no alcanzaba a discernir si se burlaba de mí o de lo que estábamos hablando. Su sarcasmo era tan agudo y sutil que resultaba como tocar un metal, helado hasta el punto de que uno no sabía si quemaba o daba frío. Me fascinaba, pero me sentía muy incómoda, y me alegré cuando Oswald Henshawe llegó del hotel.

Entró en la habitación sin quitarse el abrigo y fue directamente hacia su mujer, que se levantó para darle un beso. Una vez más, tardé un rato en comprender la situación; por un instante pensé que habrían viajado en trenes diferentes desde Chicago, pues estaba claro que ella se alegraba de verlo; no sólo se alegraba de que estuviera bien y hubiese llegado a la hora, sino que su presencia era un motivo de vivo placer personal. Yo no estaba acostumbrada a ver esa clase de sentimientos en parejas que llevaban mucho tiempo casadas.

El señor Henshawe no era tan desconcertante como su mujer y se parecía más al hombre que yo esperaba encontrar. Sus facciones angulosas le daban un aire militar:

frente amplia y curtida, pómulos prominentes, nariz larga y ligeramente arqueada. Sus ojos, sin embargo, eran afables y oscuros, peculiares en la forma —exactamente como dos medias lunas—, y lucía un bigote de puntas desmayadas, caídas, como los ingleses. Había algo en él que sugería coraje, magnanimidad y un modo de obrar elegante y generoso.

—Llego tarde —explicó— porque he tenido cierta dificultad para vestirme. No encontraba mis cosas.

Su mujer pareció preocuparse, pero luego se echó a reír.

—¡Pobre Oswald! Buscabas esas camisas de frac que sobresalen por delante. Bueno, ¡podías habértelo ahorrado! Se las di al hijo del portero.

—¿El hijo del portero?

—Sí. Willy Bunch. Seguramente esta noche se habrá puesto una para ir a un baile iroqués, que es para lo que sirven.

El señor Henshawe se pasó la mano rápidamente por sus lisos cabellos acerados.

—¿Has regalado mis seis camisas nuevas?

—Desde luego. No llevarás unas camisas con las que parece que tienes pecho, ni aunque sea para ir al asilo de pobres. Ya sabes que no soporto verte llevar ropas que no te sientan bien.

Oswald la miró con regocijo, incredulidad y amargura. Nos dio la espalda, encogiéndose de hombros, y acercó una silla.

—Bueno, lo único que puedo decir es: ¡menuda ganga para Willy!

—Ésa es la mejor manera de tomárselo —dijo su mujer en tono de broma—. Y, ahora, intenta hablar de alguna cosa que pueda interesar a la sobrina de Lydia. He prometido a Liddy que haría el aliño para la ensalada.

Me quedé a solas con el señor Henshawe. Oswald tenía una agradable manera de prestar atención a una persona joven. Sabía «sonsacar» mejor que su mujer porque no te amedrentaba. Me gustaba contemplar su cara, con aquellos huesos prominentes y los ojos lánguidos y amigables, una desconcertante combinación de dureza y suavidad. Al cabo de poco rato llegaron mi madre, mi tío y mis primos. Cuando estuvimos todos, pude observar a los demás y disfrutar de la compañía de los visitantes sin tener que pensar en lo que iba a decir. La cena fue mucho más alegre de lo que suelen ser las reuniones familiares. La señora Henshawe recordaba todas las viejas historias y las viejas bromas que habían permanecido olvidadas durante veinte años.

—¡Qué agradable es oír otra vez la risa de Myra! —exclamó mi madre.

Sí, era agradable. También era terrible a veces, como descubriría con el tiempo. Tenía una risa colérica, por ejemplo, que aún recuerdo con escalofríos. Cualquier estupidez hacía reír a Myra. ¡Yo estaba destinada a oír aquella risa muy a menudo! Las circunstancias adversas, los accidentes, incluso las desgracias, provocaban su



hilaridad. Y siempre era hilaridad, no histeria; había en ella una chispa de gracia, de humor ácido.

## II

La gran casa de piedra en la que creció Myra Driscoll, enclavada en un parque arbolado de diez acres y rodeada por una alta verja de hierro forjado, seguía siendo en mi época la mejor propiedad de toda Parthia. A la muerte de John Driscoll, fue a parar a manos de las Hermanas del Sagrado Corazón y yo siempre la he recordado como convento. Myra era huérfana y la habían llevado a aquella casa siendo muy niña para que la criara su tío abuelo.

John Driscoll había hecho fortuna trabajando como contratista en los pantanos de Missouri. Se retiró pronto de los negocios, regresó a la ciudad donde había crecido como un chico pobre y se construyó una elegante casa que fue su orgullo. Vivió con lo que entonces se consideraba un gran esplendor. Tenía caballos veloces; de hecho, crio un trotón que consiguió una plusmarca nacional. Compró instrumentos de plata para la banda municipal y pagó el salario de su director. Cuando la banda acudía a la casa para darle una serenata, el día de su cumpleaños y en las fiestas, hacía pasar a los muchachos y les ofrecía su mejor whisky. Si Myra celebraba un baile o daba una fiesta en el jardín, la banda ponía la música. Sin lugar a dudas, era la banda de John Driscoll.

Myra, como solía decir mi tía, lo tenía todo: vestidos y joyas, un espléndido caballo de silla y un piano Steinway. Un verano, su tío la llevó con él a Irlanda y encargó su retrato a un famoso pintor. Cuando estaban en Parthia, su casa siempre permanecía abierta para los jóvenes de la ciudad. La belleza de Myra y su carácter vivaracho satisfacían el orgullo del anciano. El ingenio de Myra era de su gusto, innato y mordaz, y sin demasiados remilgos. Ella le tenía un gran afecto, y él lo sabía. Era un viejo rudo, y tan inculto que a duras penas sabía escribir. Se decía de él que al convertirse en presidente de nuestro banco nacional había quemado un montón de billetes del Tesoro que habían enviado a su casa para que los firmara, porque había «estropeado la firma». Sin embargo, conocía bien a las personas y sus motivaciones. A su modo era pintoresco y Myra supo valorarlo como pocas chicas lo habrían hecho. En realidad, se parecía mucho a él; el vínculo de sangre era muy fuerte. Jamás se produjo ninguna desavenencia grave entre ellos hasta que apareció el joven Henshawe.

Oswald Henshawe era hijo de una joven alemana de buena familia y de un protestante del Ulster al que Driscoll detestaba; entre los dos hombres existía una vieja rencilla. El del Ulster era pobre e idealista, un maestro de escuela que andaba de un lado para otro, durante un tiempo en el Instituto de Parthia, después en los pueblos de los alrededores. Oswald estudió en Harvard con muy poca ayuda por parte de sus padres. En nuestra ciudad no se le prestó atención hasta que volvió de la universidad convertido en un joven apuesto y con perspectivas halagüeñas. Myra y él volvieron a

encontrarse como si fuera la primera vez y entre ellos nació el amor. Cuando el viejo Driscoll descubrió que Oswald visitaba a su sobrina, le prohibió la entrada a la casa. Sin embargo, continuaron viéndose en la de mi abuelo, bajo la protección de mi tía Lydia. Driscoll atosigó al muchacho de tal modo que éste acabó pensando que no tenía futuro en Parthia. Tomó una determinación: se fue a Nueva York. Estuvo allí dos años sin volver a casa, enviando cartas a Myra a través de mi tía.

Todos los amigos de Myra acabaron enredados en la trama de su relación; media docena de jóvenes ocupó el lugar de Oswald con tanta asiduidad que el viejo Driscoll empezó a pensar que su sobrina se casaría con alguno de ellos. Mientras tanto, Oswald trabajaba con ahínco en Nueva York, en una época en la que los salarios eran bajos y los ascensos lentos. Pero consiguió salir adelante y, al cabo de dos años, estaba en situación de contraer matrimonio. Escribió a John Driscoll, para hablarle de sus recursos y perspectivas y pedirle la mano de su sobrina. Fue entonces cuando Driscoll puso las cosas en claro con Myra. No se encaró con ella presa de un ataque de cólera, como otras veces, sino que le hizo una fría proposición monetaria. Si se casaba con el joven Henshawe, la dejaría sin un penique. Podía hacerlo, porque nunca la había adoptado oficialmente. Si no se casaba con él, heredaría dos tercios de sus bienes; el otro tercio lo legaba a la Iglesia. «Y te aconsejo que te lo pienses bien —le dijo—. En este mundo, vale más ser un perro extraviado que no tener dinero. Yo he probado las dos cosas y lo sé perfectamente. Un hombre pobre apesta, y Dios lo detesta.»

Unos meses después de esta conversación, Myra fue a una fiesta de trineos. La llevaron en trineo a una ciudad vecina donde el padre de Oswald tenía una escuela y adonde el propio Oswald había llegado el día anterior. Allí, en presencia de los padres de él y los amigos de ella, se casaron por lo civil. Luego se fueron en el expreso de Chicago, que pasaba por aquella ciudad a las dos de la madrugada.

Cuando yo era niña, mi tía Lydia me llevaba de paseo por el sendero empedrado que rodeaba la finca del viejo Driscoll. A través de la alta verja de hierro veíamos a las monjas en su hora de esparcimiento, paseando en parejas bajo los manzanos. Mi tía me hablaba entonces, una vez más, sobre aquella extraordinaria noche (seguramente la más emocionante de su vida) en que Myra Driscoll bajó por el sendero desde la casa y cruzó aquellas grandes puertas de hierro por última vez. No quería llevarse de allí nada más que lo puesto, y ciertamente salió de la casa sin otra cosa en las manos que el manguito y el monedero. No obstante, mi previsora tía le había metido el neceser y algo de ropa interior en una bolsa de viaje; luego la había tirado por la ventana de atrás a los brazos de uno de los chicos, que estaba esperando bajo un manzano.

—Jamás olvidaré el momento en que la vi bajar por aquel sendero, dejando atrás una gran fortuna —decía tía Lydia—. Yo había salido para reunirme con los otros

antes de que llegara ella, que prefería salir sola de la casa. Las chicas habíamos subido ya a los trineos y los chicos sujetaban los caballos. Empezábamos a pensar que Myra se había arrepentido o que quizá había ido a hablar con el viejo para intentar convencerlo. Pero, a la luz de los faroles que llevábamos en la parte trasera, vimos abrirse y cerrarse la puerta principal, y allí apareció ella, con la cabeza bien alta, acercándose con su paso rápido y saltarín. Tu tío Rob la alzó en brazos para subirla al trineo y partimos. Aquel viejo cascarrabias cumplió su palabra. En su testamento no se mencionó el nombre de Myra. Se lo dejó todo a la Iglesia católica y a sus instituciones.

—Pero han sido felices, ¿no? —le preguntaba yo algunas veces.

—¿Felices? ¡Oh, sí! Como la mayoría.

Aquella respuesta resultaba descorazonadora; lo que realmente importaba de su historia era que tenían que ser mucho más felices que otras personas.

Cuando fui algo mayor, paseaba a menudo por el sendero empedrado yo sola, sobre todo en primavera, después del colegio, y contemplaba a las monjas que caminaban con singular placidez y comedimiento entre los árboles florecidos, en el mismo sitio en el que Myra daba sus fiestas y una banda tocaba para ella. El lugar me parecía hechizado, como el palacio de la Bella Durmiente; se había sumido en un trance, o yacía sobre sus flores como un hermoso cadáver, desde aquella noche invernal en que el Amor cruzó la verja y desafió al Destino. Desde entonces todo eran cánticos, devociones y disciplina, y el tintineo de pequeñas campanas que, a todas horas, parecían llamar a las monjas a la oración.

Yo sabía que esto no era del todo cierto; el viejo John Driscoll había seguido viviendo allí durante muchos años después de la fuga de su sobrina. Recordaba incluso su funeral —lo recordaba vívidamente—, aunque no tenía más que seis años de edad en aquella época. Me senté con mis padres en la primera fila de la galería, al fondo de la iglesia que el viejo había ampliado y enriquecido durante sus últimos días. En el altar mayor ardían cientos de cirios; el coro rebosaba de flores. Asistió el obispo y una multitud de sacerdotes con espléndidas vestiduras. Cuando llegaron los portadores del féretro, Driscoll no fue a la iglesia, la iglesia fue a él. El obispo y los demás clérigos recorrieron la nave y recibieron en la puerta el enorme ataúd negro, precedidos por la cruz y los monaguillos que balanceaban los incensarios humeantes, y seguidos por el coro que cantaba al son del órgano. Rodearon el cuerpo del viejo John Driscoll, lo recibieron y parecieron integrarlo en el cuerpo de la iglesia. Lo llevaron hasta el altar mayor sobre un río de color, incienso y música de órgano; lo reclamaron para sí y lo enclaustraron.

En los años posteriores, cuando asistía a otros funerales, mucho más sencillos y sombríos, pensaba en John Driscoll y me decía que había escapado al destino de la carne; era como si lo hubieran transformado, a salvo del oscuro final del boato, a

salvo de «la noche de la tumba» de la que hablaban nuestros pastores protestantes. De la frescura de las rosas y los lirios, de la gloria del altar mayor, había ascendido directamente a una gloria más alta a través de incensarios humeantes, cirios y estrellas.

Cuando volví a casa después de mi primer encuentro con la auténtica Myra Henshawe, veinticinco años más vieja de lo que yo la había imaginado siempre, no pude evitar sentirme un poco decepcionada. De repente John Driscoll y su sobrina habían cambiado de posición en mi cabeza, y él se llevaba, después de todo, la parte más romántica. ¿No era mejor acaso abandonar este mundo con aquella pompa y esplendor que seguir en él teniendo que llevar la cuenta de las camisas y esperando trenes, y que a uno le saliera papada, además?

Los Henshawe se quedaron tres días en Parthia y, cuando se fueron, se decidió que tía Lydia y yo iríamos a pasar las Navidades a Nueva York. Nos alojaríamos en el viejo hotel de la Quinta Avenida, que, como decía Myra, estaba a tiro de piedra de su apartamento, «¡si a alguien se le ocurriera alguna vez lanzar una, Liddy!».

### III

Mi tía Lydia y yo llegamos a la estación de Jersey City la víspera de Navidad: una suave mañana gris de diciembre en la que caían algunos copos de nieve. Myra Henshawe estaba allí para recibirnos, muy hermosa, pensé cuando vino hacia nosotras caminando deprisa por el andén, su figura rechoncha, envuelta en pieles y tocada con un gorro de piel en el que una única y fina pluma granate asomaba por detrás, como los pajes de los cuentos. No iba sola. La acompañaba un hombre joven, alto y elegante, que vestía un abrigo largo y amplio de color gris azulado. Se cogía del brazo de Myra y con la otra mano empuñaba un bastón.

—Éste es Ewan Gray —dijo la señora Henshawe, después de abrazarnos—. Seguro que lo habréis visto actuar en Chicago. También él tenía que venir temprano a la estación, de modo que hemos pensado saludar juntos el nuevo día y dejar a Oswald desayunando solo.

El joven se hizo cargo de nuestro equipaje de mano y caminó junto a mí en dirección al ferry, interesándose cortésmente por nuestro viaje. Era escocés, de una familia con una gran tradición teatral, y apuesto. Tenía el rostro ancho y el cutis claro, los cabellos y el bigote de color arena y unos bellos ojos grises, hundidos y melancólicos, con las pestañas negras. Nos llevó hasta el muelle del ferry y allí la señora Henshawe le indicó que haría mejor en marcharse.

—Has de estar en la estación cuando llegue el tren de Esther, y recuerda que tienes que traerla a cenar con nosotros mañana por la noche. No vendrá nadie más.

—Gracias, Myra. —La contempló con expresión agradecida, casi humilde, sujetándose el sombrero contra el pecho, dejando que los copos de nieve le cayeran sobre la cabeza—. ¿Y esta noche podría pasarme un momento para enseñarte una cosa?

Ella rio como si la petición la complaciera.

—Algo para ella, espero. ¿No te fías de tu gusto?

—Ya sabes que no —contestó él, como si fuera una vieja historia.

—Ponte el sombrero —le dijo ella, dándole un pequeño empujón—, o recibirás a Esther con un estornudo. Corre.

Lo observó con inquietud mientras se alejaba.

—¡Oh, mira que es lento! —se quejó—. Si lograra que se diera prisa, aunque sólo fuera una vez... Luego te hablaré de él, Nellie. Vas a verlo muy a menudo, ¡pero confío que no te resultará engorroso!

El ferry empezaba a moverse y tuve que forzar la vista para vislumbrar por primera vez, a través de la nieve fina y pertinaz, la ciudad a la que nos dirigíamos. Por nuestro lado pasó el *Wilhelm der Grosse*, que subía a remolque por el río, con los costados cubiertos de hielo tras una travesía tempestuosa y una bandada de gaviotas

siguiendo su estela. La nieve borraba los perfiles, y los edificios del Battery<sup>[1]</sup> parecían una sola mole, como una enorme fortaleza con un millar de ventanas. De esta masa emergía la cúpula dorada pero sin brillo del edificio del *World*, como una rubicunda luna otoñal en el crepúsculo.

Desde la estación de la calle 23 tomamos el tranvía que cruzaba la ciudad de punta a punta —la gente era muy ahorrativa en aquella época— para ir al Hotel Quinta Avenida. Después de deshacer el equipaje y guardar nuestras cosas, cruzamos la plaza para comer en Purcell's, y allí la señora Henshawe nos habló de Ewan Gray. Estaba enamorado de una de las mejores amigas de ella, Esther Sinclair, cuya compañía volvía a Nueva York a pasar las fiestas. Aunque era muy joven, tenía, dijo, «un pasado bastante turbulento», y la señorita Sinclair, que pertenecía a una antigua familia de Nueva Inglaterra y había recibido una educación refinada, no se decidía a casarse con él por miedo a que no fuera lo bastante estable.

—No me atrevo a aconsejarla, aunque a él lo quiero mucho. Mirad, es justamente el tipo de muchacho al que seducen las mujeres para fugarse a la jungla, pero es la primera vez que quiere casarse; puede que eso le hiciera madurar. Está enamorado como un tonto; va caminando por ahí como un sonámbulo. Aun así, yo no podría soportar que Esther sufriera.

Tía Lydia y Myra querían ir de compras. Cuando volvimos a salir a Madison Square, la señora Henshawe debió de ver la desilusión pintada en mi cara, pues se detuvo y dijo:

—¿Qué le parecería a Nellie si la dejáramos aquí y viniéramos a recogerla a la vuelta? Ésa es mi casa, la de allí, en el segundo piso, así que no estarás lejos. Para mí éste es el auténtico centro de la ciudad, por eso me encanta vivir aquí. —Agitó una mano para despedirse y se fue dando prisa a mi tía Lydia.

Madison Square se encontraba entonces en proceso de disgregación; tenía una doble personalidad, mitad comercial, mitad social, con tiendas hacia el sur y residencias hacia el norte. Me parecía pulcro comparado con el desorden de nuestras ciudades del Oeste, protegido por las buenas maneras y la cortesía... como un salón al aire libre. Era fácil imaginar que aquí se celebraban bailes en invierno, o que se daba una recepción para algún distinguido visitante europeo.

La nieve cayó, ligera, durante toda la tarde; unos amables viejos con escoba barrían las calles sin descanso, bien dispuestos a charlar con una chica de pueblo y a limpiarle un banco para que pudiera sentarse. Los árboles y los arbustos parecían acicalados y sociables, como personas encantadoras. La nieve cubría en capas los arbustos y delineaba las ramas de todos los árboles, como líneas blancas sobre líneas negras. Madison Square Garden, nuevo y espacioso por aquel entonces, me pareció luminoso y fantástico, y la Diana de Saint Gaudens, de la que la señora Henshawe me había hablado, se elevaba libre y sin miedo hacia el aire gris. Estuve un buen rato

junto a la fuente intermitente. Su rítmico chapoteo era como la voz de aquel lugar. Descendía y se alzaba cual una respiración agitada y feliz, y el sonido era musical, parecía surgido de la garganta de la primavera. No lejos de allí, en la esquina, había un viejo que vendía violetas, cada ramillete envuelto en papel vegetal para protegerlo de la nieve. Tuve la sensación de que allí el invierno no llevaba consigo la desolación; estaba domesticado, como un oso polar que una hermosa dama paseara con correa.

Alrededor de la plaza fueron creciendo las sombras de un claro tono azulado, cada vez más densas. Las farolas de la calle brillaban a lo largo de la avenida y en los altos edificios empezaron a parpadear unos suaves destellos cuando aún era de día; edificios de tonos violeta sólo un poco más densos en consistencia y color que el propio cielo violeta. Mientras los contemplaba con la cabeza levantada, oí una risa junto a mí; la señora Henshawe se cogió de mi brazo.

—¡Vaya, sí que estás en las nubes, Nellie! ¡He visto a los recaderos esquivarte para no tropezar contigo!

Era cierto, montones de gente cruzaban ahora la plaza, y chicos que llevaban plantas en tiestos y grandes coronas de flores.

—¿No te gusta mirarlos? Pero ahora no podemos quedarnos. Oswald nos espera en casa. ¡Oh, escucha esa flauta irlandesa! ¡Siempre me la encuentro! —Hizo parar a un niño flaco con gorro y bufanda de hilo, pero sin abrigo, que tocaba una pequeña flauta, y hurgó en su bolso en busca de una moneda.

El apartamento de los Henshawe era el segundo piso de una vieja casa de piedra arenisca de color pardo, situada en el lado norte de la plaza. Me gustó desde el momento en que entré: la solidez de sus muros, los techos altos, las acogedoras chimeneas, las puertas amplias y las ventanas de anchos alféizares. Las cortinas de terciopelo, largas y pesadas, y las sillas, también de terciopelo, eran de un delicioso color ciruela, como el tono púrpura de la fruta madura. Las cortinas tenían el revés de ese intenso color crema que se encuentra bajo la piel azulada de los higos maduros.

Oswald estaba de pie junto a la chimenea, tomando whisky con soda mientras nos esperaba. Dejó el vaso sobre la repisa cuando abrimos la puerta, y allí quedó olvidado. Acercó unas sillas al fuego para mi tía y para mí, y se puso a charlar con nosotras mientras su mujer iba a cambiarse de ropa y a hablar con la criada irlandesa antes de la cena.

—Por cierto, Myra —dijo Oswald, antes de que su mujer saliera—. He puesto una botella de champán en hielo; hoy es Nochebuena.

Todo en aquel pequeño apartamento me pareció absolutamente único y personal, incluso el servicio de mesa: los gruesos platos grises y la soperas con pájaros y grandes flores vistosas; estaba convencida de que no había nada igual en el mundo.

Cuando estábamos terminando de cenar, la criada anunció al señor Gray.



Henshawe salió a recibirlo en el salón, y nosotras acudimos poco después. Gray llevaba traje de etiqueta y un pequeño ramillete de jacintos blancos en la solapa. Se colocó junto a la chimenea, apoyándose con el brazo en la repisa. Su tez blanca y clara, sus ojos melancólicos, su atuendo impecable y algo en la forma de sus manos te hacían intuir un carácter deliberadamente puntilloso. Pese a su turbio pasado, aquella noche parecía tan fresco e impoluto como las flores que lo adornaban. Henshawe adoptó con él un tono ligeramente burlón y pareció querer animarlo. El señor Gray no consintió en sentarse. Después de un rato de intercambiar frases corteses, dijo a su anfitrión:

—¿Me perdonará si le privo de la compañía de Myra unos instantes? Ha prometido hacer una buena obra por mí.

Él y Myra se metieron en el pequeño gabinete de Henshawe, contiguo al salón, y cerraron la puerta. Se oyó un leve murmullo de voces. Cuando volvieron, Gray se ponía la capa mientras la señora Henshawe le dirigía palabras de ánimo.

—Los ópalos son bonitos, pero me dan miedo, Ewan. Oswald se reiría de mí, pero sé que tienen mala fama. El amor en sí mismo atrae toda la mala suerte del mundo para una mujer; ¿por qué, válgame el cielo, sumarle además los ópalos? Me ha traído dos brazaletes para que elija uno, Oswald, preciosos los dos. Pero ¿cómo es que te han permitido llevarte los dos, Ewan?

—Me conocen muy bien. Siempre pago mis facturas, Myra. No sé por qué, pero lo hago. Supongo que es mi herencia escocesa.

Se despidió de todos dándonos las buenas noches.

—Dale un beso a Esther de mi parte —dijo la señora Henshawe alegremente en la puerta. Él no contestó, sólo inclinó la cabeza y se fue.

—Lo que en realidad quería enseñarme eran unos versos que ha compuesto para ella —dijo la señora Henshawe, volviendo junto a la chimenea—. Y la verdad es que son muy bonitos, como poesía para enamorados.

El señor Henshawe sonrió.

—¿Quizá le has hecho el favor de aportar una rima o dos, querida? Lydia... —se sentó junto a mi tía y puso la mano sobre la de ella—. No habría estado nunca seguro de ser yo quien la cortejaba a ella si no fuera porque me encontraba muy lejos. Myra es muy aficionada a ayudar a jóvenes caballeros. Casi siempre tenemos un asunto amoroso entre manos.

—¡Calla! —dijo ella, tapándole la boca con la mano—. Detesto a las mujeres mayores que se dedican a hacer de casamenteras.

Cuando Oswald se terminó el cigarro, nos llevaron a dar un paseo, principalmente porque Myra dijo que le iba bien para mantener la «figura» y porque, de paso, compraríamos una planta para mandársela a madame Modjeska.

—Va a quedarse en la ciudad durante las Navidades, y el hotel le resultará muy

deprimente.

Entre las muchas plantas en maceta y pequeños árboles que había en la floristería, encontramos un lustroso acebo puntiagudo, lleno de bayas rojas, que bien podía considerarse el rey entre sus compañeros.

—Naturalmente, éste tiene que ser para ella —dijo Myra.

—Naturalmente —dijo su marido, encogiéndose de hombros—, es el más caro.

—No seas tacaño, Oswald —le reprochó Myra, alzando el mentón—. No son unas enaguas de algodón ni unos guantes de lana lo que madame necesita. —Dio instrucciones detalladas al dependiente de la floristería, que debía llevar el arbusto al Savoy junto con una caja de bizcochos, «hechos por mí», afirmó Myra orgullosamente. En el Savoy, tenía que preguntar por la señora Hewes, el ama de llaves, y subir el arbusto a las habitaciones de madame Modjeska siguiendo sus indicaciones. El hombre mostró un interés comprensivo y prometió seguir sus instrucciones. Luego la señora Henshawe le dio un dólar de plata y le deseó feliz Navidad.

Volviendo hacia casa, Myra se colgó de mi brazo; los otros dos siguieron adelante mientras nosotras nos quedábamos rezagadas.

—Mira, Nellie, sale la luna... detrás de la torre. Me hace sentir culpable. No se debe jugar con las cosas del amor; hago promesa solemne de no volver a entrometerme jamás. Unes a un hombre guapo como Ewan Gray con una joven hermosa como Esther, y en Nochebuena, y ellos se elevan sobre nosotros y sobre el mundo cubierto de blanco que nos rodea, y no hay nadie, ni siquiera un vagabundo en un banco del parque, que no les desee lo mejor... ¡y lo más seguro es que el resultado sea un auténtico desastre!

## IV

A la mañana siguiente, Oswald Henshawe se presentó vestido con levita y chistera para llevarnos a tía Lydia y a mí a la iglesia. El tiempo había aclarado antes de que nos acostáramos y cuando salimos a la puerta del hotel aquella mañana, el sol brillaba esplendoroso sobre el parque cubierto de nieve y la Diana dorada resplandecía sobre el fondo verde azulado del cielo. La mañana era tan hermosa que decidimos ir hasta la Iglesia de la Gracia a pie.

—Lydia —dijo Henshawe, cogiéndonos a las dos del brazo—. Quiero que me hagas un regalo de Navidad.

—Vaya, Oswald —balbució ella.

—¡Oh, ya lo tengo! Tú sólo has de entregármelo. —Se sacó un pequeño paquete plano del bolsillo y lo deslizó en el interior del manguito de mi tía. Nos atrajo hacia sí—. Escucha, no es nada. Sólo unos gemelos de camisa que me ha regalado una joven. Su intención era buena, pero no está muy al tanto de las convenciones sociales. Es de una despreocupada ciudad del Oeste, donde una joven rica puede hacer un regalo cuando le apetezca sin que nadie ponga el grito en el cielo. Me los envió ayer a mi despacho. Si se los devuelvo, se sentirá ofendida, pensará que no he sabido interpretar su gesto. Aquí se llevará más de un chasco, por supuesto, pero no quiero ser yo el primero. Por otro lado..., bueno, ya conoces a Myra; no hay otra como ella. Empezaría y no acabaría nunca de criticar el dudoso gusto de esa joven. Así que quiero que me los regales tú, Lydia.

—¡Pero Oswald! —exclamó mi tía—. ¡Myra es tan sagaz! No soy lo bastante lista para engañarla. ¿No podrías guardarlos en tu despacho y ya está?

—Difícilmente. Además —soltó una risita azorada—, me gustaría llevarlos. Son muy bonitos.

—Mira, Oswald...

—Oh, no es nada malo, Lydia, te doy mi palabra. Pero ya sabes cómo se altera mi mujer con estas menudencias. He pensado que podrías dármelos cuando vengáis a cenar con nosotros mañana por la noche. De ti no tendrá celos. Pero si no te gusta la idea..., bueno, llévatelos cuando vuelvas a casa y dáselos a algún joven agradable que sepa apreciarlos.

Me di cuenta de que tía Lydia estaba distraída y perpleja durante todo el oficio religioso. En cuanto regresamos al hotel y cerramos la puerta de nuestras habitaciones, sacó el estuche de cuero marrón del manguito y lo abrió. Los gemelos eran sendos topacios de color ocre, montados sencillamente en oro labrado. Tengo la impresión de que se dejó seducir por su belleza.

—Creo que debería usarlos, si le gustan. Todo es siempre para Myra. Él nunca se compra nada. Y también se lleva ella toda la admiración; ¿por qué no ha de ser un

poco para él? Su devoción hacia ella ha sido absoluta. No es bueno para ninguna mujer que la mimen y se lo consientan todo como ha hecho él con Myra. Y ella a menudo se muestra muy poco razonable... ¡muy poco!

Al día siguiente por la noche, cuando cruzamos la plaza en dirección al hogar de los Henshawe, alzamos la vista y los vimos juntos en una de las ventanas de la fachada, detrás las cortinas de color ciruela. Miraban la calle, pero no nos vieron. Al inclinarse Myra un poco hacia su marido, me fijé en que apenas le llegaba al hombro. En sus momentos apacibles, era como una paloma con las alas plegadas. Había algo en aquella imagen, mientras estaban así en la ventana iluminada, que me habría impedido entrometerme, pero eso no conmovió a mi tía.

Nada más entrar en el salón, antes incluso de quitarnos los abrigos, dijo con tono resuelto:

—Myra, quiero hacerle un regalo de Navidad a Oswald. Hace tiempo un viejo amigo me dio unos gemelos que no quería conservar; supongo que le traían malos recuerdos. Había pensado regalárselos a uno de mis hijos, pero se los he traído a Oswald. Prefiero que los lleve él que ningún otro.

Tía Lydia habló con una soltura y un convencimiento que suscitaron mi admiración. Sacó los gemelos de su manguito, sin el estuche, por supuesto, y los depositó en la mano de la señora Henshawe. Myra estaba encantada.

—¡Qué acertada has estado, Liddy, querida! Sí, son perfectos para él. Yo misma no hubiera elegido otra piedra; ésta es justamente la que mejor le va. Mira, Oswald, son del color del vino de Mosela. —Fue Oswald quien pareció alterado y no demasiado complacido. Enrojeció hasta la raíz del cabello, balbuceó unas palabras inconexas y se mostró francamente reacio cuando su mujer insistió en quitarle los gemelos de oro que llevaba en los puños para ponerle los nuevos—. Me has dejado asombrada con tu sagacidad, Liddy —dijo, mientras los ajustaba a los puños.

—No es propio de mí, ¿verdad, Myra? —replicó mi tía—. No se me da muy bien elegir lo más adecuado. Pero ¿no se te ha ocurrido nunca que puede haber alguien más, aparte de ti, que sepa lo que más conviene a Oswald? ¡No, estoy segura de que no!

Myra aceptó la broma de tan buen talante que me pareció una vergüenza engañarla. Lo mismo le ocurrió a Oswald, estoy convencida. Durante la cena habló más de lo habitual, pero se le notaba incómodo. Más tarde, en la ópera, cuando apagaron las luces, noté que no escuchaba la música, sino que escudriñaba la penumbra de la sala con inquietud y una expresión casi afligida en sus extraños ojos de media luna. Durante uno de los entreactos, se abrió una puerta del fondo y entró una corriente de aire. Cuando Oswald echó el brazo hacia atrás para recoger la capa que se había deslizado de los hombros desnudos de su mujer, ésta rio y dijo:

—¡Oswald, querido, me encanta ver el brillo de tus joyas!

Él dejó caer la mano rápidamente y frunció el entrecejo con expresión tan sombría que pensé que le hubiera gustado tirar los topacios al suelo y reducirlos a polvo con el tacón del zapato. Me pareció entonces que le estaba bien empleado, pero más tarde me he asombrado a menudo de su bondad.

## V

Durante la semana que iba de Navidad a Año Nuevo, pasé mucho tiempo con la señora Henshawe, pero raras veces estábamos solas. Era la temporada de visitas, y ella afirmaba que conocer a tanta gente mejoraría sin duda mis modales y mi inglés. Detestaba mi habla descuidada y coloquial del Oeste. Descubrí que sus amigos eran de dos tipos: artistas —actores, músicos, literatos—, con los que mostraba siempre su mejor carácter, pues los admiraba, y otro grupo a los que ella llamaba sus amigos «adinerados» (al parecer le gustaba esa palabra); a éstos los cultivaba, me dijo, por el bien de Oswald. «Es de la clase de hombres a los que sólo les va bien en los negocios si tienen el estímulo de las amistades. Los negocios en realidad no son lo suyo. Nunca hablamos de ellos, pero estoy segura de que los aborrece. Se puso a trabajar en un despacho porque éramos jóvenes, estábamos muy enamorados y teníamos que casarnos.»

Prácticamente todos esos amigos de los negocios parecían ser alemanes. Un domingo visitamos media docena de mansiones o más. Recuerdo salones muy grandes, con muchos muebles y mucho tapizado, paredes llenas de grandes cuadros con imponentes marcos y muchos sofás pequeños, rígidos y mullidos, en los que se sentaban las mujeres por parejas, mientras los hombres permanecían de pie alrededor de las mesas, bebiendo champán y café, y fumando gruesos cigarros negros. En medio de aquella gente, Myra adoptaba su actitud más altanera y desafiante. Me di cuenta de que algunas de las otras mujeres le tenían miedo. Se daban mucha prisa en ofrecerle bebidas y parecían preocupadas cuando rechazaba algo. Se dirigían a ella en alemán y la felicitaban profusamente por su dominio de ese idioma. Aquella tarde pedimos un carruaje y Myra se esmeró especialmente en su atuendo pensando en Oswald, pero los ricos y los poderosos la exasperaban; su sentido del humor sufría ante tanta solemnidad; sus sarcasmos tenían un deje amargo y las comisuras de su boca se curvaban de un modo que nunca se veía cuando estaba con gente cuya personalidad le agradaba.

Pasé una larga y deliciosa tarde, sola con la señora Henshawe, en Central Park. Hicimos kilómetros paseando, nos paramos a contemplar a los patinadores y finalmente tomamos té en el casino, donde me habló de los cantantes y actores que conocería en su fiesta de Nochevieja. Con frecuencia, las explicaciones que me daba sobre sus amigos eran más interesantes que las personas en sí. Después del té paró un cabriolé y pidió al cochero que nos diera un paseo por el parque, a la luz del suave crepúsculo. El caballo trotaba alegremente bajo los olmos y nosotras contemplábamos los sutiles cambios de color de la dura capa de nieve cuando nos cruzamos con un carruaje desde el que se asomó una mujer y nos saludó con la mano. La señora Henshawe inclinó la cabeza con rigidez y una sonrisa condescendiente.

—¡Bueno, Nellie —exclamó—, ésa era la última mujer con la que habría querido cruzarme yendo ella en carruaje y yo en un cabriolé de alquiler!

Intuí lo que me pareció una ambición desmedida. Mi tía no dejaba de agradecer a Dios que a los Henshawe les fueran tan bien las cosas, ni de preocuparse, pues estaba convencida de que Oswald no ahorra nada para el futuro. Y allí estaba Myra deseando un carruaje, ¡con establos, una casa, criados y todo lo que suponía el vehículo! Durante el camino de vuelta a casa mantuvo la expresión desdeñosa y la cabeza alta, y olisqueó el aire púrpura de un lado a otro cuando enfilamos la Quinta Avenida. Cuando nos apeamos delante de su puerta, pagó al cochero, y fue tan generosa que el hombre se quitó el sombrero y dijo dos veces: «¡Gracias, gracias, señora!». Ella lo despidió con una sonrisa y una inclinación de cabeza.

—¡Aun así —me susurró mientras metía la llave en la cerradura—, es muy desagradable ser pobre!

Aquella semana, la señora Henshawe me llevó a ver a una íntima amiga suya, Anne Aylward, la poetisa. Se trataba de una joven que había llegado a Nueva York hacía tan sólo unos años, se había ganado la admiración de algunos literatos y ahora se moría de tuberculosis, superada apenas la veintena. La señora Henshawe me había dado un libro de poemas suyos para que los leyera, diciéndome: «Quiero que la conozcas para que puedas recordarla en el futuro, y quiero que ella te conozca para que podamos hablar de ti».

La señorita Aylward vivía con su madre en un pequeño piso que daba al East River. Al entrar, la encontramos al sol en una silla de ruedas, contemplando los barcos que pasaban por el río. Su estudio era un lugar delicioso aquella mañana, lleno de flores y plantas y cestas de fruta que le habían enviado por Navidad. Pero fue Myra Henshawe la que hizo memorable la visita por su alegría. Jamás la había visto tan animada y extrañamente encantadora como en aquella buhardilla inundada de luz. Su charla me quitó la respiración; dijeron cosas emocionantes y fantásticas sobre personas, libros, música... Hablaron de todo; las dos parecían compartir una especie de lenguaje particular, característico.

Mientras regresábamos a casa, Myra intentó contarme más cosas sobre la señorita Aylward, pero el cariño que sentía por su amiga y la amarga rebelión contra su destino ahogaron su voz. Padecía una angustia física por aquella pobre chica. Mi tía decía a menudo que Myra era incorregiblemente excéntrica, pero yo me di cuenta de que su principal extravagancia consistía en querer a demasiadas personas y en quererlas demasiado. Con sólo mencionar el nombre de alguien a quien admirara, uno tenía la impresión inmediata de que aquella persona debía de ser maravillosa, porque su voz envolvía aquel nombre con una especie de gracia. Cuando alguien le gustaba, siempre lo llamaba innumerables veces por su nombre al conversar con él y, por muy vulgar que fuera, lo pronunciaba siempre con intensidad, sin apresurarse ni comerse

las letras; esto, añadido a su mirada extraordinariamente directa, producía un curioso efecto. Cuando se dirigía a tía Lydia, por ejemplo, parecía estar hablando con una persona mucho más interesante que la imagen borrosa y archisabida que yo veía todos los días y, por un momento, me parecía más individual, menos evidente. Había notado esta particularidad en la mirada de Myra y en sus vocativos durante nuestro primer encuentro en Parthia, donde su forma de dirigirse a mis parientes había hecho que todos me parecieran un poco más atrayentes.

Una tarde, mientras asistíamos a un estreno, me fijé en un hombre joven que ocupaba un palco y se parecía mucho a las fotografías de un escritor famoso en aquella época. Pregunté a la señora Henshawe si podía ser él. Ella miró hacia donde yo le indicaba, luego apartó la vista rápidamente.

—Sí, es él. Antes éramos amigos. Qué frase tan triste, ¿verdad? Pero en una ocasión podría haber ayudado a Oswald a salir de un aprieto y no lo hizo. Lo dejó pasar. No lo apoyó. Jamás se lo he perdonado.

Lamenté haberme fijado en el hombre del palco, pues durante el resto de la tarde percibí la creciente amargura de Myra. Las escenas que se representaban sobre el escenario se borraron para ella; la obra estaba en su cabeza. Estaba reviviéndolo todo: discutiendo, acusando, censurando.

Cuando salíamos del teatro, suspiró.

—¡Oh, Nellie, ojalá no lo hubieras visto! Está muy bien eso de decir que debemos perdonar a nuestros enemigos; nuestros enemigos no pueden hacernos demasiado daño. Pero, ah, ¿qué hay de perdonar a nuestros amigos? —Se golpeó el pecho sobre el cuello de pieles del abrigo con las manos enguantadas—. ¡Ahí está la dificultad!

Los Henshawe siempre daban una fiesta por Nochevieja. Aquel año, la mayoría de los invitados eran gentes del teatro. Algunos, a fin de llegar antes de la medianoche, se presentaron con restos de maquillaje en la cara. Recuerdo que el viejo Jefferson de Angelais llegó con la peluca del último acto y el sombrero emplumado; durante la cena, las cejas pintadas se corrieron y cayeron sobre sus ojos como un velo. La mayoría de ellos ya están muertos, pero entonces formaban un agradable grupo en torno a la mesa al brindar por el Año Nuevo. La persona más atractiva y distinguida era, de lejos, una mujer que ya había sobrepasado la juventud, pero seguía siendo hermosa en la madurez: Helena Modjeska. Parecía una mujer de otra raza y otra época, no menos regia que cuando yo la había visto en Chicago en el papel de María Estuardo y como Catalina en *Enrique VIII*. Recuerdo que, cuando Oswald le pidió que propusiera un brindis, ella extendió su largo brazo, alzó el vaso y, mirando la tenue luz de las velas con rostro grave, dijo: «¡Por mi país!».

Dado que entonces no actuaba en ningún teatro, había llegado temprano, un poco antes que los demás, acompañada por una joven polaca que cantaba en la ópera durante la temporada de invierno. Tuve ocasión de contemplar a la Modjeska



mientras charlaba con Myra y Esther Sinclair; la señorita Sinclair y ella habían sido compañeras de reparto en una ocasión. Cuando los demás invitados empezaron a llegar y Myra tuvo que salir a recibirlos, la Modjeska se sentó junto a la chimenea en una silla de respaldo alto, con la cabeza levemente apoyada en una mano y el hermoso rostro medio oculto en la sombra. Qué bien recuerdo aquellas manos largas y bellamente moldeadas, con tanta humanidad en ellas. Eran de este mundo, ciertamente, pero formadas para un mundo más noble que el nuestro; manos para sostener un cetro, o un cáliz o, por cortesía, una espada.

La fiesta no duró mucho, pero fue un torbellino de animación. Todo el mundo estaba hambriento y sediento. Se habló mucho sobre el *Hamlet* de Sarah Bernhardt, que se había representado durante toda la semana y que había despertado una apasionada polémica, y sobre el regreso de Jean de Reszke al Metropolitan aquella misma noche, tras una larga enfermedad en Londres.

A las dos de la madrugada se habían ido todos menos las dos señoras polacas. La Modjeska, después de ponerse su largo abrigo, se acercó a la ventana, apartó las cortinas de color ciruela y miró afuera.

—Fíjate, Myra —dijo con ese acento eslavo que nunca perdió, aunque declamara el verso inglés con preciosismo—, la plaza se ve completamente blanca bajo la luz de la luna. ¡Y qué tranquila está la ciudad, qué tranquila! —Se volvió hacia su amiga—. Emelia, creo que deberías cantar algo. Algo antiguo... sí, de *Norma*. —Tarareó una melodía familiar por lo bajo y paseó la vista por la habitación buscando una silla. Oswald le acercó una—. Gracias. Y también podríamos atenuar la luz, ¿verdad que sí? —Él apagó las luces.

La Modjeska se sentó junto a la ventana, medio envuelta en el abrigo y con la luz de la luna sobre las rodillas. Su amiga se sentó al piano y empezó a cantar el aria de la *Casta Diva*, que tanto se parece a los reflejos de la luna sobre el agua en su principio. Era la primera canción del viejo libro de partituras que teníamos en casa, pero nunca la había oído cantada y nunca volví a oírla cantar tan bellamente. Recuerdo a Oswald, de pie como una estatua detrás de madame Modjeska, y a Myra, encogida en su asiento junto a la cantante, con la cabeza apoyada en ambas manos, mientras la canción crecía y florecía como una gran emoción.

Cuando terminó, nadie dijo nada aparte de un adiós en voz baja. La Modjeska volvió a arrebujarse en el abrigo y Oswald acompañó a las dos amigas hasta su carruaje. Tía Lydia y yo salimos después y, cuando cruzamos la plaza, vimos el coche de alquiler subiendo por la avenida. Durante muchos años asocié a la señora Henshawe con aquella música; pensé que aquella aria tenía una misteriosa relación con una parte de su naturaleza que raras veces era palpable, pero que casi siempre se intuía, un algo irresistible, apasionado y dominante para lo que no tenía nombre, pero que era audible, visible en el aire aquella noche, cuando ella estaba sentada en la

sombra. Cuando quería recordar vívidamente aquella riqueza que ocultaba Myra, me bastaba con cerrar los ojos y cantar para mí: «*¡Casta diva, casta diva!*».

## VI

El sábado iba a comer en casa de los Henshawe, y después Oswald y yo íbamos solos a oír a Bernhardt y a Coquelin. Cuando abrí la puerta del vestíbulo, lo primero que oí fue la risa airada de la señora Henshawe y un estallido de frases rápidas e hirientes como gotas de agua helada.

—Te digo que voy a enterarme de la verdad sobre esta llave, y que abriré todas las puertas que se puedan abrir con tus llaves. ¿Está claro?

Oswald respondió con una risita claramente maliciosa:

—Querida mía, te costará lo tuyo pasar por esta puerta. Resulta que esta llave es de una caja de seguridad.

—¿Cómo te atreves a mentirme, Oswald? —dijo Myra, elevando el tono de voz una octava—. ¿Cómo te atreves? En tu banco me han dicho que esta llave no es de una caja de seguridad, aunque lo parece. Fui allí y se la enseñé... el día que olvidaste las llaves y me telefoneaste para que te las llevara al despacho.

—¡Y un cuerno!

Tosí y di unos golpecitos en la puerta; no me prestaron atención. Oí que Oswald echaba hacia atrás una silla.

—¿Entonces fuiste tú quien cogió las llaves de mi bolsillo? ¡Debería haberlo supuesto! Nunca me las olvido cuando me cambio de ropa. Y fuiste al banco con ellas y nos pusiste a los dos en ridículo. Ya me imagino lo que se divertieron.

—¡Pues, no! Sé cómo sonsacar información sin revelar nada. Ahí está Nellie Birdseye, dando golpecitos en la puerta. Entra, Nellie. Oswald y tú vais a comer en Martin's. Nos estamos peleando por una llave. Hoy no habrá comida aquí.

Myra se fue y yo me quedé perpleja. Aquel delicioso salón me había parecido hasta entonces un lugar habitado por la jovialidad y los modales encantadores, alojados allí igual que las cortinas púrpura y las alfombras Kiva y las alegres acuarelas. Y ahora todo estaba en ruinas. El ambiente era helado como el de una cámara frigorífica. Lo que sentí fue miedo; temía mirar, hablar o moverme. Todo a mi alrededor me parecía malo. Cuando la bondad abandona a las personas, aun siendo un instante, empezamos a temerlas, como si también hubieran perdido la razón. Cuando desaparece de un lugar en el que siempre la hemos hallado, es como un naufragio: nos hundimos desde la seguridad en algo malévolo e insondable.

—No te preocupes, Nellie. —Oswald se rehizo y puso una mano sobre mi hombro—. Myra no está ni la mitad de furiosa de lo que pretende hacerme creer. Voy a buscar mi sombrero y nos vamos. —Llevaba batín y había estado sentado en su mesa escribiendo. El tintero estaba destapado y sobre el secante había una hoja de papel de cartas a medio llenar.

Me alegré de salir a la luz del sol con él. La ciudad parecía segura y amistosa y

complaciente. El aire de aquella habitación estaba envenenado. Oswald intentó borrar la impresión causada. Dimos varias vueltas a la plaza, en Martin's me hizo beber un vaso de jerez, me señaló las personas interesantes de entre los clientes y me contó anécdotas sobre ellas. Pero sin el sombrero, con la ventana iluminada a su espalda, parecía cansado y lleno de preocupación. Como antes en mi ciudad, la primera vez que lo vi, me asombró la contradicción de su rostro: los huesos prominentes y los ojos con aquella forma curiosa, sin el menor brillo. Tuve la sensación de que no estaba a gusto con su vida, de que poseía un coraje y una fuerza dormidos que, en otra clase de mundo podrían haberse hecho valer con brillantez. Pensé que debería haber sido soldado o explorador. Desde entonces he visto esos ojos de media luna en otras personas, y siempre han sido inescrutables, como los suyos; hacían frente al mundo con bondad y cortesía, pero uno jamás llegaba a traspasarlos.

Fuimos al teatro, pero recuerdo muy poco de la función, salvo una angustia sorda y la convicción de que Myra no volvería a gustarme como antes. Aquello fue el sábado. El lunes, tía Lydia y yo iniciaríamos el regreso a casa. El domingo por la mañana la doncella vino con unas flores y una nota de Myra, en la que decía que su amiga Anne Aylward tenía un mal día y le había pedido que fuera a verla.

El lunes por la mañana cogimos el primer ferry para poder desayunar en la estación de Jersey antes de que saliera nuestro tren. Nos acabábamos de instalar en nuestros asientos del Pullman y se acercaba la hora de la salida cuando oímos una risa regocijada y vimos entrar a Myra Henshawe en el vagón con su gorro de piel, seguida por un mozo que llevaba su equipaje.

—Esto no lo tenía planeado, Liddy —dijo, entre risas, un poco falta de resuello—, aunque sabía que viajaríamos en el mismo tren. Pero no nos peharemos, ¿verdad? Sólo voy hasta Pittsburgh. Tengo allí unos viejos amigos. Oswald y yo hemos tenido una riña y lo he dejado solo para que se lo piense mejor. Si me necesita, puede venir a buscarme.

Durante todo el día, Myra se mostró agradable y jovial, aunque nos trató con una leve rigidez, como si acabara de conocernos. Comimos juntas y, sentada frente a ella, me fijé en que su boca, que tan dulce podía ser —que acariciaba los nombres de sus amigos y se dirigía a ellos con delicadeza— era completamente distinta cuando quería mostrar el mayor desprecio: parecía curvarse y retorcerse como una serpiente. En el momento en que se permitía pensar mal de alguien a quien amaba, su naturaleza parecía alterarse incluso en los rasgos.

Entramos en Pittsburgh ya anochecido. El mozo del Pullman llevó el equipaje de Myra al final del vagón. Se despidió de nosotras y echó a andar; luego se dio la vuelta con una sonrisa glacial.

—Ah, Liddy, querida, podrías haberte ahorrado mentir sobre aquellos gemelos amarillos. Estaba convencida de que descubriría la verdad, como siempre. A ti no te

guardo rencor, pero es repugnante que un hombre mienta por un adorno personal. Una mujer podría hacerlo, claro..., ¡por perlas! —Con una alegre inclinación de cabeza, nos dio la espalda de nuevo y se apeó del vagón majestuosamente, la cabeza bien alta y la larga pluma granate caída hacia atrás.

Tía Lydia estaba furiosa.

—Estoy harta de los dramatismos de Myra —afirmó—. No los aguanto más. Un hombre no tiene jamás excusa para ciertas cosas, pero si alguna vez la tuviera...

## SEGUNDA PARTE

## I

Diez años después de aquella visita a Nueva York me hallaba en una ciudad de la costa Oeste en plena fase de desarrollo, con un crecimiento excesivo e irregular; la ciudad se extendía a lo largo de la costa, tropezando consigo misma hasta caer desordenadamente junto al mar. Todos los hoteles y pensiones estaban al completo, y yo era muy pobre. Las cosas nos habían ido mal a mi familia y a mí. Había llegado al Oeste a mitad del año para trabajar en una universidad; una universidad experimental y sin fundamento, como todo en aquel lugar. Encontré alojamiento en un hotel de apartamentos construido de cualquier forma, que se caía ya a pedazos a pesar de ser nuevo. Llegué a él un domingo por la mañana y, mientras sacaba mis cosas del baúl, oí a mi vecino a través de los delgados tabiques; era un hombre y, por su tos ronca y la medida de sus movimientos, no demasiado joven. La cautela de su paso, la consideración precavida de sus actividades me indicaron que no deseaba desvelar los detalles de su vida casera más allá de lo inevitable.

Al poco rato percibí el desagradable olor de la gasolina en el aire, oí el sonido de la seda al moverse y crujir, y luego una voz que canturreaba muy bajito una vieja melodía alemana... sí, *Frühlingsglaube*, de Schubert: ta ta te-ta/ta-ta ta-ta ta-ta/ta. Al cabo de un instante vi las puntas de unas corbatas negras asomando por la ventana contigua a la mía.

Todo aquello me produjo melancolía; más que la tristeza de mi propia situación. Era joven y las circunstancias no importaban tanto; para los jóvenes siempre existe la esperanza, la certeza, de cosas mejores. Pero un anciano, un caballero, viviendo en aquel lugar incómodo y desvencijado, limpiándose las corbatas en una mañana de domingo, canturreando para sí, me deprimió exageradamente. Me alegré cuando su puerta se cerró suavemente y no volví a oír nada más.

Había un restaurante anodino en la planta baja del hotel. Cuando bajé para cenar aquella noche, me encontré en lo alto de la escalera con un hombre que subía llevando una gran bandeja negra de hojalata. Agachaba la cabeza y tenía la vista en el suelo. Al hacerse a un lado para dejarme pasar, pese a sus escasos cabellos blancos y a sus hombros caídos, reconocí a Oswald Henshawe, a quien tantos años hacía que no veía; de hecho, desde aquella tarde en que me llevó a ver a Sarah Bernhardt en *Hamlet*.

Cuando lo llamé por su nombre, dio un respingo, me miró y dejó la bandeja en el alféizar de la ventana que daba al patio interior e iluminaba la escalera desnuda.

—¡Nellie! ¡Nellie Birdseye! ¿Será posible? —Su voz era vacilante. Parecía realmente emocionado y tuvo que sacar un pañuelo para enjugarse la frente—. Pero, Nellie, ¡cómo has crecido! No te habría reconocido. ¡Qué feliz coincidencia para Myra! No se lo va a creer cuando se lo cuente. Está enferma, mi pobre Myra. ¡Oh,

muy enferma! Pero no debemos hablar de eso, ni dar la impresión de que lo sabemos. ¡Qué feliz será al verte otra vez! Sus amigos siempre significaron mucho para ella, ¿recuerdas? ¿Pasarás a vernos cuando vuelvas a subir? Su habitación es la treinta y dos; llama flojito y yo te estaré esperando. Ahora tengo que llevarle la cena. Oh, espero por su bien que te quedes una temporada. Aquí no conoce a nadie.

Cogió la bandeja y se alejó despacio por el pasillo sin alfombra. Las verduras de lata y la carne seca que la camarera me puso delante no me abrieron el apetito. Yo ya sabía que los Henshawe habían caído en horas bajas y que vagaban por las ciudades de la costa del Pacífico. Pero Myra había dejado de escribir a tía Lydia, salvo para felicitarla por Navidad y en su cumpleaños. Había dejado de darnos información sobre su vida. Sabíamos que, varios años después de mi memorable visita a Nueva York, el presidente de la compañía de ferrocarriles, de quien Oswald había sido secretario personal durante mucho tiempo, se había retirado y se había ido a vivir al extranjero. Henshawe había seguido con la nueva dirección de la empresa, pero muy pronto una de las grandes líneas principales se había hecho cargo del negocio y el personal administrativo se había reducido a la mitad. Tras la reorganización, a Henshawe le habían ofrecido un empleo modesto, que él había rechazado con indignación; su mujer no le permitió pensar siquiera en aceptarlo. Se fue entonces a San Francisco como gerente de una empresa de corretaje; el negocio quebró, y yo no sabía qué había sido de ellos desde entonces.

Me demoré en la mesa con mi deprimente cena. No tenía valor para subir. Henshawe no tenía más de sesenta años, pero parecía mucho más viejo. Tenía el rostro agotado, como de quien ha perdido toda esperanza.

Oswald había levantado a su mujer de la cama para recibirme. Cuando entré, Myra estaba sentada en una silla de ruedas junto a una ventana abierta, envuelta en una bata china y con los pies tapados por un vistoso chal. Extendió los dos brazos hacia mí y, al abrazarme, dejó oír su alegre risa familiar.

—Vaya, qué inteligente has sido al encontrarnos, Nellie. ¡Y nosotros que nos habíamos escondido tan bien!, ¡en la tierra, como un par de viejos zorros! Pero estaba en las cartas que nos veríamos de nuevo. Ahora lo entiendo todo; una mujer muy sabia ha estado viniendo para leerme el futuro, y la reina de corazones no ha dejado de salir de la baraja sin venir a cuento: una querida amiga que surgirá del pasado. Bueno, Nellie, querida, no se me ocurre ningún viejo amigo que no esté mejor lejos, por una razón u otra, mientras nos encontremos en este eclipse temporal. Recupero las fuerzas más rápidamente si no pienso en nadie. Pero tú, Nellie..., es diferente. — Se llevó mis dos manos a las mejillas, enmarcando con ellas su cara—. Es diferente. Una persona joven y perspicaz, atiborrada de opiniones y sin un pasado. Pero tal vez tengas ya uno. Los más sombríos llegan pronto.

Yo estaba encantada. Era... ¡era ella misma, Myra Henshawe! No esperaba algo



tan agradable. Las bombillas de la habitación estaban tapadas y atenuadas por pañuelos de colores y, bajo su luz, Myra parecía mucho menos alterada que Oswald. Las comisuras de su boca se habían relajado un tanto, pero aún podían curvarse con absoluto desdén si la ocasión lo requería; su nariz era la misma: menuda, siempre olisqueando, con sus ventanas inquietas y arqueadas; y la papada, aun siendo más flácida, era menos acentuada. Llevaba los cabellos grises recogidos en la coronilla en un grueso moño; su cabeza, como dijo ella misma una vez, no era cabeza para una mujer, pero habría adornado al más perverso de los emperadores romanos.

Tenía la cama en el nicho que había a su espalda. En la penumbra de la habitación, reconocí algunas de las alfombras de su apartamento de Nueva York, algunos viejos cuadros con los marcos descascarillados y los cristales rotos. Allí estaba la mesita taraceada de Myra y el escritorio en el que había estado escribiendo Oswald el día que llegué en medio de su riña. De las ventanas colgaban las queridas cortinas de color ciruela con el forro de color crema rayado y descolorido, pero aquella visión me regocijó más de lo que podía expresar ante los Henshawe.

—¿Y de dónde sales, Nellie? ¿Qué estás haciendo aquí, por Dios bendito?

Myra escuchó atentamente mis explicaciones, al tiempo que me sujetaba la muñeca con una de sus menudas y hermosas manos, de tan inexplicable malicia en su contorno, que, según pude advertir, eran aún blancas y seguían estando bien cuidadas.

—¡Ah, pero la enseñanza, Nellie! No me gusta, ni siquiera como recurso temporal. Es un callejón sin salida. La gente joven y generosa malgasta sus energías en enseñar; no tienen sentido común. Sólo deberían enseñar los estúpidos y los flemáticos.

—Pero ¿no me concederá también a mí un eclipse temporal?

Ella se echó a reír y me apretó la mano.

—¡Ah, no estaríamos ocultos en la sombra si tuviéramos veinticinco años! Despedíamos chispas como un par de estrellas fugaces, ¿verdad, Oswald? La enseñanza no es apropiada para ti, Nellie. ¿Por qué no el periodismo? Podrías ganarte la vida fácilmente.

—Porque detesto el periodismo. Sé lo que quiero hacer y aún espero conseguirlo; sólo necesito tiempo.

—Muy bien, querida. —Suspiró—. Pero tengo mayores ambiciones para ti. No soporto a la gente joven que va a la deriva. Desearía poder dirigir su vida. ¡Sabría muy bien cómo hacerlo! Pero no se dejan, y cuando han descubierto los atajos tienen los pies tan hinchados que no son capaces de seguir adelante. Ahora, háblame de tu madre y de mi Lydia.

Apenas había empezado cuando Myra alzó un dedo y olisqueó el aire.

—¿Lo notas? ¿Te llega ese olor acre del mar? Suele traerlo el viento nocturno. Vivo de él. Algunas veces aún puedo dar un paseo en coche a lo largo de la playa.

Sigue; decías que Lydia y tu madre se disputan la posesión del retrato de tu difunto abuelo. ¿Por qué no lo cortas en dos mitades, Nellie? ¡Lo recuerdo perfectamente; la mitad sería bastante para cualquiera!

Mientras le contaba todos los chismes divertidos sobre mi familia que me venían a la cabeza, ella permaneció inmóvil en su silla de inválida, pero poderosa aún en su brillante envoltura. Parecía fuerte y destrozada, generosa y tiránica, una vieja sagaz y malévola que detestaba la vida por sus derrotas y la amaba por sus absurdos. Recordé su risa airada y el modo que tenía de recibir siempre una sorpresa o una mala noticia con aquella risa seca y exultante, que parecía decir: «¡Ajá, tengo una prueba más, una más, contra la abominable injusticia que Dios permite en este mundo!».

Mientras charlábamos, el silencio de la noche, extrañamente apacible para el mes de febrero, se vio perturbado de manera brusca por el ruido de portazos y de fuertes pisadas en el piso de arriba. La señora Henshawe hizo una mueca de dolor; una expresión torturada de aprensión e impotencia se adueñó de su rostro. Se volvió con rapidez hacia su marido, que descansaba beatíficamente en una de sus viejas sillas bajo la tenue luz.

—¡Ahí están esos animales!

Él se incorporó.

—Acaban de volver de la iglesia —dijo, con voz alterada.

—¿Por qué he de enterarme de cuándo vuelven de la iglesia? ¿Por qué han de imponerme los detalles de su estúpida y desordenada existencia durante todo el día y parte de la noche? —exclamó amargamente. Sus facciones se pusieron tensas, como presas de un acceso de dolor, y comprendí que la señora Henshawe carecía por completo de aguante.

—No hemos tenido suerte con la gente que vive encima de nosotros —explicó Oswald—. Son una auténtica molestia. Estas casas nuevas están muy mal construidas y se oye todo.

—¿No podrían pedirles que caminaran con más cuidado? —sugerí.

Él sonrió y meneó la cabeza.

—Ya lo hemos hecho, pero no hemos conseguido más que empeorar las cosas. Son de ese tipo de gente.

—Son de esos sureños charlatanes: todo sensiblería y efusión en la superficie, pero sin la menor sensibilidad; una raza sin consonantes y sin delicadeza. Andan ahí arriba todo el día pisando como ganado. Un buey haría menos ruido en su establo. Su energía no sirve para nada, así que la malgastan en parlotear y correr, machacándose el cerebro hasta convertirlo en papilla.

Cuando hizo una pausa para respirar, oí un teléfono en el piso de arriba, luego risas estridentes y a dos personas que corrían como si hicieran una carrera.

—¿Los oyes? —La señora Henshawe me miró con aire triunfal—. Esas dos

estúpidas gallinas viejas corren al teléfono como si las llamara algún novio. Cuando aún podía subir escaleras, fui cojeando hasta el piso de esa mujer y le imploré, y ella empezó a parlotear sobre su hermana y su hijo y lo refinados que son<sup>[2]</sup>... ¡Oh, eso es lo más cruel de ser pobre, que estás a merced de cerdos como éstos! El dinero es una protección, una capa; con él puedes comprar el silencio y cierta dignidad.

Se recostó en la silla, exhausta, y cerró los ojos.

—Vamos, Nellie —dijo Oswald en voz baja. Me acompañó por el pasillo hasta llegar a mi puerta—. Siento que las molestias empezaran cuando estabas tú. Algunas veces van al cine y llegan más tarde —dijo, pesaroso—. He hablado con esa mujer y con su hijo, pero son gente insensible.

—Pero ¿no intervendría la dirección en un caso de enfermedad?

Volvió a menear la cabeza.

—No. Pagan un alquiler más alto que nosotros, ocupan más habitaciones. Y nosotros tenemos cierta deuda con la dirección.

## II

Pronto averigüé en qué situación se encontraban los Henshawe en aquellos momentos. Oswald tenía un empleo humilde y mal pagado en la compañía de transportes de la ciudad. Debía estar en su mesa a las nueve de la mañana todos los días excepto el domingo. Se levantaba a las cinco de la mañana, se ponía un viejo traje de dril (lo cierto es que era muy elegante, con alamares y cuello militar, recuerdo de los tiempos prósperos), entraba en la habitación de su mujer, la bañaba, le hacía la cama y ordenaba sus cosas, y luego preparaba el desayuno. Hacía el café en un infiernillo de alcohol y la tostada, en un tostador eléctrico. Era la única comida del día que podían disfrutar juntos y, dado que desayunaban mucho antes de que los implacables Poindexter de arriba empezaran a pisotear de un lado a otro, solía ser una ocasión alegre.

Después del desayuno, Oswald lavaba los cacharros. El único lujo que tenían era un cuarto de baño privado, con un amplio armario, que él llamaba cocina. Hecho todo esto, volvía a su dormitorio, lo ordenaba y se vestía para ir a trabajar. Seguía siendo muy pulcro en el vestir, aunque yo no acertaba a comprender cómo se las apañaba con la poca ropa que tenía. Era el único hombre en aquel hotel cochambroso que parecía bien arreglado. Como favor especial, la empresa en la que trabajaba le permitía tomarse dos horas al mediodía, por su mujer enferma. Oswald volvía a casa, le llevaba la comida de abajo en una bandeja y luego volvía a la oficina a toda prisa.

Por las tardes, Myra se preparaba el té ella sola, moviéndose en su silla de ruedas o con la ayuda de un bastón. Descubrí que una de las mejores cosas que podía hacer por ella era llevarle algún emparedado o pastelillo de la panadería sueca para alternarlo con sus habituales galletas de lata. Ponía mucho empeño en tomar el té del mejor modo posible; se sentía menos pobre si usaba su servicio de plata y las tres lustrosas tazas inglesas que la habían acompañado en su baúl. Yo iba a menudo a tomar el té con ella y algunos de nuestros ratos más agradables los pasábamos a aquella hora del día, cuando los de arriba solían estar fuera. Cuando estaban en casa y en activo, era demasiado doloroso ser testigo del sufrimiento de la señora Henshawe. Era extraordinariamente sensible al ruido y a la luz, y realmente los Poindexter pisaban como el ganado, salvo que sus brutales pisadas no tenían la dignidad comedida que tiene siempre el paso de los animales. También las flores eran un motivo de placer para la señora Henshawe, y durante los últimos meses invernales, mi mayor despilfarro y mi mayor placer eran llevarle flores.

Una cálida tarde de sábado, a principios de abril, fuimos a dar un paseo a lo largo de la costa. Había alquilado un coche bajo con un amable cochero negro. Apoyándose en su brazo y en el mío, la señora Henshawe consiguió llegar a la calle. Parecía mucho más vieja y enferma con el abrigo negro de paño fino y el vestido negro de

tafetán, que en otro tiempo habían sido elegantes. Cogimos también sus pieles y una vieja manta de viaje. Era un hermoso y apacible día de primavera. Desgraciadamente, la carretera tenía un trazado sinuoso que se adentraba en el interior. Por fin llegamos a un promontorio pelado, en el que sólo había un viejo árbol retorcido y el mar a sus pies.

—¡Fíjate, Nellie —exclamó Myra—, es como el acantilado de *El rey Lear*! ¡Es el acantilado de Gloucester, eso es! ¿No podríamos quedarnos aquí? Creo que este amable señor de color me instalaría bajo ese árbol de ahí y volvería más tarde a buscarnos.

Envuelta en la manta, afirmó que el tronco del viejo cedro, inclinado hacia el suelo, era un cómodo respaldo. El negro se marchó con el coche y yo fui a dar un paseo, pues sabía que Myra quería estar sola. Desde lejos la veía apoyada en el árbol, contemplando el mar como si esperara alguna cosa. Ante sus ojos pasaron unos cuantos buques de vapor, y las gaviotas se sumergían y volvían a salir disparadas en torno al promontorio, con el suave resplandor del sol reflejado en las alas. La luz de la tarde, al principio tenue y desdibujada, se hizo más intensa y amarilla, y cuando volví junto a Myra golpeaba el promontorio desde el oeste como arrojada por un cristal ardiente.

Alzó su mirada hacia mí con una leve sonrisa; su rostro podía ser encantador todavía en momentos de efusión sentimental.

—He pasado una hora maravillosa, Nellie, ¿o ha sido más tiempo? Luz y silencio curan todas las heridas; todas menos una, que la curan la oscuridad y el silencio. He descubierto que, si puedo estar en silencio, no echo de menos la conversación inteligente del tipo que solía disfrutar siempre. Es como paliar la fiebre con agua fría.

Me senté a su lado para contemplar el descenso del sol hasta su última zambullida en el Pacífico.

—Me gustaría ver amanecer desde aquí —dijo Myra de repente—. Es la hora en la que todo se perdona. Cuando ese primer rayo de sol, frío y brillante, llega por el agua, es como si todos nuestros pecados fueran perdonados, como si el cielo se inclinara sobre la tierra y la besara y le diera la absolución. ¿Sabes que los grandes pecadores siempre volvían a su lugar de procedencia para morir en algún convento, y el abad o la abadesa salían a recibirlos con un beso?

Cuando volvimos a casa, Myra estaba muy cansada, claro está. Oswald nos esperaba; entre el cochero y él la subieron. La estábamos metiendo en la cama cuando estalló el ruido en el piso de arriba: ¡pom, pom, pam! Myra se echó a llorar.

—¡Oh, he vuelto otra vez para que me atormenten! Tengo dos enfermedades mortales, pero serán esas criaturas groseras las que me matarán. ¿Por qué no me has dejado allí, Nellie, expuesta al viento en medio de la noche? Deberías sacarme de aquí, Oswald. Si estuviera en pie y tú postrado, no dejaría que te despreciaran, ni que

te pisotearan de esta manera.

—Mañana subiré a hablar con esa gente, señora Henshawe —prometí—. Estoy segura de que algo conseguiré.

—¡Oh, no lo hagas, Nellie! —Me miró con terror—. Esa mujer hará oídos sordos a lo que le digas. Ya sabes que en la Biblia se dice que los malvados son tan sordos como la víbora. Nellie, esa mujer tiene el cuello arrugado y blanco como una víbora, y también la misma mirada cruel. ¡No te acerques a ella!

(Fui a ver a la señora Poindexter al día siguiente, y es cierto que tenía así el cuello y los ojos. Sonrió y dijo que la mujer enferma del piso de abajo era una vieja historia, y que hacía tiempo que deberían haberla enviado a un sanatorio.)

—No te preocupes, Myra. Te sacaré de aquí. Lo conseguiré —prometió Oswald, arreglándole las almohadas. Ella le alisó los cabellos.

—No, mi pobre Oswald, nunca podrás llegar muy lejos cargando conmigo. ¡Ah, si los jóvenes fueran más sabios! —Cerró los ojos y se los oprimió con las manos—. Ha sido la ruina para los dos. Nos hemos destruido mutuamente. Debería haberme quedado con mi tío. Era dinero, lo que yo necesitaba. He malgastado nuestras vidas.

—Vamos, Myra, no hables así delante de Nellie. No lo dices en serio. Recuerda los tiempos felices que vivimos juntos. Aquello fue también la realidad, igual que esto.

—Jamás fuimos felices de verdad. Soy una mujer egoísta, codiciosa y materialista; quería triunfar, un lugar en el mundo. Ahora soy vieja y estoy enferma y horrible, pero entre los de mi clase aún tendría un círculo de amigos; me tratarían con cortesía personas de modales agradables y no me machacarían el cerebro unos rufianes. ¡Marchaos, por favor, los dos, dejadme sola! —Volvió el rostro hacia la pared y se cubrió la cabeza.

Salimos al pasillo y en el momento en que cerramos la puerta, oímos que se corría el cerrojo. Myra debía de haberse levantado muy deprisa. Oswald me acompañó hasta mi habitación.

—Esto suele ocurrir cuando ha disfrutado con algo y ha agotado sus fuerzas. Hay veces en que no soporta tener a nadie cerca. Antes de que tú llegaras era aún peor.

Lo convencí de que entrara en mi habitación y se sentara para tomar un vaso de cordial.

—Algunas veces me ha impedido entrar durante varios días —dijo—. Parece extraño en una mujer tan generosa con sus amistades. Es como si hubiera agotado esa parte de sí misma. Para mí supone una gran tensión que se encierre sola de esa manera. Temo que se haga daño.

—La gente no hace esas cosas —dije yo, desesperanzada. Él sonrió y se enderezó.

—¡Ah, pero ella no es la gente! Es Molly Driscoll y jamás ha habido nadie como

ella. No sabe sufrir, pero tiene el valor de la desesperación, y en cantidad suficiente para todo un regimiento.

### III

A la mañana siguiente, vi a Henshawe desayunando en el restaurante, en contra de su costumbre, por lo que deduje que su mujer seguía recluida. Me alegré de ver que no estaba solo, sino que hablaba, claramente complacido, con una joven que vivía con su madre en el hotel. En otras ocasiones había notado ya la respetuosa admiración que mostraba ella hacia Henshawe. Trabajaba en un periódico, era inteligente, y Oswald opinaba que prometía. Disfrutábamos conversando con ella durante las comidas. Tenía unos dieciocho años, era grande y torpe, de cabellos cortos y gruesas facciones, pero había algo insólito en sus ojos claros y francos que fascinaba. Andaba siempre buscando el momento de estar a solas con Oswald, para hacer que le hablara de música, o de poesía alemana, o de los actores y escritores que había conocido. Él la llamaba su pequeña compinche, y era indudable que la admiración de aquella chica le servía de mucho. Todo era muy bonito e ingenuo. Quizá aquello fuera una de las cosas que lo ayudaban a mantener cierta distinción en el vestir y en los modales. Entre la gente no parecía nunca abatido ni a la defensiva. Aún llevaba sus gemelos de topacio.

El lunes, cuando volví de la universidad, vi que la puerta de la habitación de la señora Henshawe estaba entreabierta. Reconoció mis pasos y me llamó.

—¿Puedes entrar, Nellie? —Aquella tarde se había quedado en la cama, pero llevaba puesta su mejor bata y se estaba haciendo la manicura de las manos menudas y pulcras; buen síntoma, pensé—. ¿Podrías quedarte a tomar el té conmigo y charlar un rato? Hoy seré buena, te lo prometo. Esta noche me he despertado llorando y me ha hecho mucho bien. Lloraba por cosas que ahora nunca siento; ¡soñaba que era joven, y los pesares de la juventud han hecho brotar las lágrimas! —Me cogió una mano cuando me senté junto a ella—. ¿Conoces ese poema de Heine en el que habla de que se encontró una lágrima en el ojo que no era del presente, sino vieja, un resto de las que antes solía derramar? Era una lágrima que pertenecía a un pasado muerto hacía mucho tiempo, un anacronismo. No podía explicarla, pero allí estaba, y se dirigía a ella con hermosas palabras: «¡Lágrima antigua y solitaria!». ¿Quieres leerme ese poema? Ahí está mi pequeño Heine, en el estante que hay sobre el sofá. Te será fácil encontrar el poema, «*Du alte, einsame Thräne!*».

Pasé las hojas del libro, leyendo los poemas de las hojas que tenían un doblez o donde veía un verso que conocía bien. Era un libro viejo y grueso, de hojas amarillas, encuadernado en piel estampada, y en la guarda había una inscripción en tinta de un descolorido tono violeta: «Para Myra Driscoll, de Oswald», fechada en 1876.

Mi amiga yacía inmóvil, con los ojos cerrados, y de vez en cuando asomaba a sus ojos una de esas lágrimas anacrónicas y caía en la almohada, dejando una pequeña mancha gris. A menudo tomaba el poema de mis labios y lo terminaba ella.



—Busca uno corto sobre la flor que crece en la tumba del suicida, «*Die Armesünderblum*», la flor del pobre pecador. Oh, ésa es mi flor, Nellie; ¡*die Armesünder-Blum!* —Alargó la palabra hasta que se convirtió en poema por sí sola.

—Vamos, querida —dijo, al cabo de un rato, cuando cerré el libro—, no te gustará esa nueva poesía que corre por ahí, de versos horrorosos sobre gente horrorosa y emociones vulgares, ¿verdad?

Cuando le recordé que a ella le gustaba Walt Whitman, soltó una risita maliciosa.

—¿Eso me salva? ¿Podré entrar en tu nuevo Parnaso gracias a ese viejo sucio? ¡Supongo que a mi edad debería alegrarme de tener cualquier billete de entrada! Me gustan los versos atrevidos cuando no intentan ser pomposos. Me gustan los que escriben los muchachos traviesos en las vallas. Mi tío guardaba en la memoria una rara colección de esa clase de versos que había leído en vallas y retretes. Ojalá los hubiera anotado; ¡podría haberme convertido en una poetisa de renombre! Mi tío era un hombre singular. ¿Te hablaron de él en tu casa? Sí, tenía violentos prejuicios, pero es bueno recordarlo en estos tiempos en que tan pocas personas tienen pasiones auténticas, sean de amor o de odio. Ayudaba a un amigo costara lo que costara, y más de una vez se arriesgó a la ruina por aplastar a un enemigo. Pero jamás se arruinó él. Los hombres que odian de esa manera suelen tener la fortaleza necesaria para respaldar su odio; ya te darás cuenta. Él me advirtió con toda justicia, y luego mantuvo su palabra. Yo ya lo sabía; éramos muy parecidos. Legó su dinero con inteligencia; una parte fue a parar a un asilo para mujeres ancianas y pobres en Chicago, donde se necesitaba.

Mientras hablábamos de aquella institución y de algunas de las mujeres a las que acogía, Myra dijo de pronto:

—No sé si conoces una cláusula que se refiere a mí en esa fundación. Establece que la sobrina del fundador, Myra Driscoll, debe ser admitida en cualquier momento en que lo solicite y de forma totalmente gratuita, y que se le han de pagar diez dólares a la semana como dinero de bolsillo hasta el día de su muerte. ¡Muy propio del viejo Satanás! Puedes estar segura de que, cuando dictó esa cláusula a su abogado, pensó: «¡Antes se tiraría al río, la muy perra!». Y luego seguramente pensó mejor de mí; tal vez muriera con algún sentimiento decente hacia mí en su corazón. Estábamos muy orgullosos el uno del otro, y si aún viviera, iría a verlo y le pediría perdón, porque sé lo que es ser vieja y solitaria y sentirse decepcionada. Sí, y porque, cuanto más viejos nos hacemos, más nos parecemos a nuestros mayores. Siento su crueldad crecer dentro de mí. De jóvenes, creemos que somos seres individuales e incomprensidos, pero la naturaleza que lleva consigo nuestra sangre está ahí dentro, esperando, como un esqueleto.

Había caído la noche mientras charlábamos. Cuando me levanté y encendí una de las lámparas cubiertas, la señora Henshawe me miró y sonrió con regocijo.

—Hemos pasado una tarde agradable y Bidy ha olvidado sus penas. ¡Cómo resplandecen los clásicos, Nellie! Iluminan todos los rincones oscuros de este mundo. No conocen la noche.

Ciertamente, brillaban para ella. La señorita Stirling, «una joven muy simpática de la biblioteca», como decía Myra, pasaba por allí de vez en cuando con libros nuevos, pero a Myra se le cansaba la vista rápidamente y solía cerrar el nuevo libro y tumbarse y repetir los viejos que se sabía de memoria: las largas declamaciones de *Ricardo III* o de *El rey Juan*. Cuando pasaba por delante de su puerta, la oía recitar, bajando mucho su sonora voz irlandesa:

«Anciano Juan de Gante, venerable Lancaster...»

## IV

Una tarde, cuando llegué a casa de la universidad, encontré una nota de la señora Henshawe bajo la puerta y acudí a verla de inmediato. Me saludó y me dio un beso con desacostumbrada seriedad.

—Nellie, querida, ¿me harías un favor muy especial mañana? Será quince de abril, el aniversario de la muerte de madame Modjeska. —Me dio una llave y me pidió que abriera un viejo baúl que había en un rincón.

—Levanta la bandeja superior y en el fondo, en una esquina, encontrarás un viejo par de guantes largos de cabritilla, atados como sacos. Dámelos, por favor.

Hurgué bajo viejos chales y trajes de noche hasta dar con los guantes, que se habían vuelto amarillentos y estaban atados en ambos extremos con cintas de corsé; contenían algo pesado que tintineaba. Myra me miraba y reía entre dientes.

—¿Crees que son mis guantes de boda, devotamente conservados? No, querida; ¡me casó un juez de paz y sin guantes, por así decirlo! —Desató una cinta y derramó una pequeña lluvia de monedas de oro de diez y de veinte dólares—. Todas las viejas irlandesas esconden una reserva de dinero. —Cogió una moneda y me la entregó—. ¿Querrás ir a la iglesia de San José y preguntar por el padre Fay? Dile que vas de mi parte y pídele que diga una misa mañana por el descanso eterno del alma de Helena Modjeska, condesa Bozenta-Chlapowska. Se acordará de mí; el año pasado me llegué cojeando hasta allí en persona. ¿Te sorprende, Nellie? Sí, abandoné la iglesia cuando rompí con todo lo demás para fugarme con un librepensador alemán, pero sigo creyendo en las palabras y los ritos sagrados. Para mí es un consuelo saber que mañana se dirá una misa aquí, entre paganos, por el espíritu de aquella noble artista, aquella hermosa mujer llena de gracia.

Cuando devolví el oro a su sitio en el baúl y empecé a hacer el té, Myra me dijo:

—Oswald, claro está, no conoce la amplitud de mis recursos. Él no lo comprendería, porque a menudo hemos necesitado cien o doscientos dólares desesperadamente, pero ese dinero lo guardo para un propósito más elevado; las necesidades de este mundo no han de tocarlo.

Cuando ya me iba, volvió a llamarme:

—Oh, Nellie, ¿no podríamos ir al acantilado de Gloucester el sábado, si hace bueno? ¡Anhelo tanto poder ir!

Fuimos y volvimos a ir. No había nada que pareciera darle tanto placer. Pero la tercera vez que fui a buscarla, afirmó que no se sentía con fuerzas. La encontré sentada en su silla, intentando escribir a una vieja amiga, una actriz irlandesa que yo había conocido en su apartamento de Nueva York, uno de los invitados de aquella fiesta de Nochevieja. El hijo de esta mujer, un joven actor, se había pegado un tiro en Chicago a causa de un sórdido lío de faldas. La historia venía en el periódico de la

mañana.

—Me ha conmovido profundamente —me dijo la señora Henshawe—. Me quedaba con Billy semanas enteras cuando su madre estaba de gira. Era un muchachito sincero y de noble corazón. Yo había puesto todas mis esperanzas en que fuera feliz. ¿Recuerdas a su madre?

La recordaba muy bien: robusta, jovial y animosa. Myra se puso a hablar de ella y de su hijo, al que no había visto desde que tenía dieciséis años.

—¡Desperdiciar su juventud de esa manera, y pegarse un tiro a los veintitrés! La gente habla siempre de las alegrías de la juventud, pero, ¡oh, cómo llegan a sufrir a veces los jóvenes! No he olvidado aquellas noches calurosas del sur de Illinois, cuando Oswald estaba en Nueva York y yo no sabía nada de él, excepto a través de Liddy, y me pasaba la noche tumbada en el suelo, oyendo los trenes expresos al pasar. No lo he olvidado.

—Entonces me pregunto por qué ahora es tan dura con él a veces —murmuré.

La señora Henshawe no me contestó en seguida. Le temblaron las comisuras de los labios, luego apretó los dientes y cerró los ojos como si se armara de valor para hacer o decir algo.

Por fin suspiró y me miró con expresión melancólica.

—Es una verdadera lástima, ¿verdad, Nellie?, alzar una mano rencorosa para destrozar el pasado de otra persona. Sí, es una gran crueldad. Pero no puedo evitarlo. Él es un sentimental, siempre lo ha sido; puede mirar hacia atrás, volver a los mejores días, cuando éramos jóvenes y nos amábamos, y convencerse de que todo fue siempre igual. No fue así. Yo siempre he sido una mujer codiciosa y materialista; jamás estaba satisfecha. A pesar de todo, con la edad, cuando hay tan pocas alegrías, es realmente cruel destruir las que puedan quedar en el corazón de un hombre. —Por sus mejillas rodaron unas gruesas lágrimas, se recostó y miró hacia el techo. Había dejado de hablar porque se le había quebrado la voz. Al cabo de un rato prosiguió con determinación—: Pero así soy yo. Las personas pueden ser amantes y enemigas al mismo tiempo, ¿comprendes? Éramos... un hombre y una mujer separados tras un largo abrazo, y fíjate en lo que nos hemos hecho el uno al otro. Quizá no pueda perdonarle por el daño que le he causado. Quizá sea eso. Cuando hay hijos, ese sentimiento experimenta cambios naturales. Pero cuando continúa siendo tan personal... algo se rompe dentro de uno. Con la edad lo perdemos todo, incluso la capacidad de amar.

—Él no la ha perdido —sugerí.

—¿Te ha pedido que hables en su favor, querida? ¡Entonces, bien se puede decir que nos hemos destruido mutuamente!

—¡Desde luego que no, señora Henshawe! Pero es usted muy dura con él, ¿sabe?, y cuando eso se suma a tantas otras penurias, es una lástima.

—Sí, realmente es una lástima. —Se incorporó en la silla—. Y preferiría que no volvieras más por el momento, Nellie. He llegado a la conclusión de que el té me pone nerviosa. —Sonreía, pero su boca se curvaba como una pequeña serpiente, igual que en otros tiempos—. ¿Tendría la amabilidad de coger sus cosas y marcharse, señora Casey?<sup>[3]</sup> —Lo dijo riendo, pero su risa era muy significativa.

Me levanté buscando en su expresión algún indicio de que se ablandaba y dije con gran humildad:

—Perdóneme si he dicho algo que no debía. Ya sabe que le tengo un gran cariño.

Ella inclinó su cabeza de tirana con aire burlón.

—Son mis dolencias, querida señora Casey, las que me impiden acompañarla hasta la puerta.

## V

En los días que siguieron a aquel episodio no volví a ver a la señora Henshawe. Veía a Oswald todas las noches en el restaurante y me informaba sobre el estado de su mujer como si nada hubiera ocurrido. La chica de pelo corto que trabajaba en un periódico se sentaba a menudo en nuestra mesa y charlábamos los tres. Era evidente que para Oswald era un gran desahogo estar con ella. Sus preguntas despertaban en él recuerdos agradables y tenía en gran valor su afecto sincero. En una ocasión en que me comentaba que para Oswald era un placer que yo hubiera vuelto a entrar en sus vidas, Myra había señalado: «Siempre ha sido un hombre muy sensible con las mujeres». Era cierto. Aquella jovencita vulgar cambiaba por completo su vida. Tenía la generosidad suficiente para mostrarse jovial al dirigir sus pasos inexpertos y su voraz apetito por la vida. Incluso leía los «especiales» de la pobre chica y le señalaba lo que estaba mal y lo que estaba bien. Oswald me dijo que aceptaba sus correcciones sin rechistar.

A principios de junio, la señora Henshawe empeoró. Los médicos nos dijeron que un tumor maligno se había apoderado de un órgano vital y que difícilmente llegaría al final del mes. Myra sufría grandes dolores por la presión a la que estaban sometidos los nervios de su espalda, y le daban opiáceos sin restricciones. Al principio tenía dos enfermeras, pero detestaba hasta tal punto a la enfermera de noche que la despedimos y, como era verano y yo tenía vacaciones, me turnaba con Oswald para velarla. Necesitaba pocas atenciones, excepto la de darle sus dosis de codeína. Dormía profundamente unas cuantas horas y el resto de la noche lo pasaba despierta, musitando largos pasajes de sus viejos poetas.

Myra tenía siempre consigo un crucifijo de ébano con un Cristo de marfil. Antes colgaba de la pared, y yo había supuesto que se lo había regalado algún amigo. Ahora tenía la impresión de que el motivo era otro. Un día, al cogerlo de la cama para estirarle la sábana, Myra alargó la mano rápidamente y dijo: «Dámelo. No significa nada para la gente que no ha sufrido».

Hablaba muy poco desde que empezara la última fase de su enfermedad; ya no se quejaba ni se lamentaba, pero su actitud hacia Oswald se volvió extraña y sombría. Tenía alucinaciones; el ruido que se oía en el piso de arriba, lo atribuía ahora enteramente a su marido. «¡Ah, otra vez empieza! —decía—. Al final acabará conmigo. ¡Oh, dejad que me entierren en el camino real!».

Cuando Oswald la incorporaba o hacía algo por ella, Myra se esforzaba en agradecersele con un tono precavido y a veces servil. «Es muy amargo tener que depender de ti, el hombre al que tanto he amado», le oí decir un día.

Cuando nos pidió que usáramos velas durante nuestras noches de vigilia y que no encendiéramos más la luz eléctrica, que ella aborrecía, le espetó más que le dijo, con

tono acusador: «Al menos déjame morir a la luz de las velas; no es pedir demasiado».

El padre Fay venía a verla casi todos los días. Sus visitas eran largas y ella las esperaba con ansia. Naturalmente, yo no estaba en la habitación con ellos, pero si nos encontrábamos en el pasillo, el sacerdote se detenía a hablar conmigo, y en una ocasión me acompañó un trecho por la calle, hablándome de ella. Era un hombre joven, de cutis sonrosado y ojos agradables, y estaba muy interesado en Myra. «Es una mujer realmente extraordinaria, señorita Henshawe —me dijo, cuando caminábamos juntos por la calle. Luego añadió, con una sonrisa adolescente—: Creo que algunos de los santos de la Iglesia primitiva debían de ser muy parecidos a ella. Su aspecto no es en absoluto moderno, ¿verdad?».

Durante aquellos días y noches en los que Myra hablaba tan poco, uno tenía la sensación de que su mente se mantenía siempre activa, incluso de manera anormal, y de vez en cuando se vislumbraba lo que ocupaba sus pensamientos. Una noche, me hizo una pregunta al darle yo su dosis de codeína.

—Nellie, ¿por qué crees tú que las velas son religiosas por sí mismas? No me refiero a las velas de las lámparas, claro está, sino a las llamas de los cirios. ¿Es porque la Iglesia empezó en las catacumbas, quizá?

Otro día, después de haber estado mucho tiempo inmóvil como una figura de mármol, dijo con voz cordial y razonable:

«¡Ah, padre Fay, ésa no es la razón! La religión es distinta de todo lo demás; porque en religión, buscar es encontrar.»

Puso un gran énfasis, muy hondo, en la palabra «buscar». Parecía querer decir que en otras búsquedas podía ser el objeto buscado lo que proporcionara satisfacción, o algún elemento fortuito que se cruzara por el camino, pero que en religión el deseo era la satisfacción, la recompensa era la búsqueda en sí misma.

Una de aquellas noches de vigilia destaca en mi memoria como la suma de todas ellas, la que mostraba la idea central y explicaba todas las demás. Myra había pasado un día realmente malo, así que Oswald y yo decidimos velar juntos. Después de medianoche se calmó. Las velas ardían como de costumbre, una en su cabecera. Desde mi silla, junto a la ventana abierta, podía ver la cama. Hacía más de una hora que no variaba su posición, tumbada de espaldas y con los ojos cerrados. Pensé que dormía. En el exterior, la ciudad estaba tan tranquila como la habitación. La enferma empezó a hablar para sí, en un susurro apenas, pero con absoluta claridad; su voz no era más que un soplo tenue y apasionado. Me pareció que oía hablar a un alma.

«Podría soportar el dolor... como tantos otros que han sufrido. Pero ¿por qué ha de ser así? No lo merezco. He sido una amiga fiel; he cuidado lealmente a los demás cuando estaban enfermos... ¿Por qué he de morir así, a solas con mi enemigo mortal?»

Oswald estaba sentado en el sofá con el rostro oculto en una mano. Lo miré con

temor, pero no se movió ni vi que se estremeciera. Noté que las manos se me quedaban frías y que el sudor del miedo me perlaba la frente. Jamás había oído una voz humana que pronunciara un juicio tan terrible sobre todo lo que constituye nuestra esperanza. A medida que transcurrieron las horas, después de que Oswald se hubiera ido a dormir un rato, me calmé; empecé a comprender lo que Myra quería decir, a percibir lo que significaba para ella. Las naturalezas apasionadas como la suya se vuelven a veces contra sí mismas; contra sí mismas y contra todas sus idolatrías.



## VI

Al día siguiente, la señora Henshawe pidió que le dieran la extremaunción. Después, pareció más sosegada en cuerpo y espíritu. Por la tarde, pidió a Henshawe que se fuera a trabajar y me rogó que la dejara sola durmiendo. A la enfermera, la habíamos despedido aquel mismo día ante la insistencia de Myra. Quería que la cuidara una de las monjas enfermeras del convento y el padre Fay iba a llevarle una a la mañana siguiente.

Me fui a mi habitación con el propósito de volver junto a ella al cabo de una hora, pero una vez acostada, me dormí profundamente. Era de noche cuando oí a Henshawe golpeando la puerta y llamándome. Cuando abrí, me dijo con desesperación:

—¡Se ha ido, Nellie, se ha ido!

Pensé que se refería a que había muerto. Corrí detrás de él por el pasillo hasta llegar a su habitación. Estaba vacía. Oswald señaló la cama desierta.

—¿Lo ves? ¡Se ha ido, Dios sabe adónde!

—Pero ¿cómo lo ha hecho? ¿Una mujer tan enferma? Tiene que estar en alguna parte del edificio.

—He recorrido el hotel de punta a cabo. Tú no la conoces, Nellie. Tiene una voluntad de hierro. Mira esto.

Sobre la mesa había una nota de papel garabateada con lápiz: «Querido Oswald: Ha llegado mi hora. No me sigas. Deseo estar sola. Nellie sabe dónde hay dinero para misas». Eso era todo. No llevaba firma.

Corrimos hacia la comisaría. El jefe envió un mensajero a los agentes que hacían la ronda para advertirles de que estuvieran atentos por si veían a una mujer trastornada que había salido a la calle en medio de su delirio. Luego fuimos a ver al padre Fay.

—Hace tiempo que no piensa más que en la iglesia —dijo Henshawe—. Otra de sus alucinaciones es creer que yo la aparté de la iglesia. Jamás fue mi intención.

El joven sacerdote no sabía nada. Se mostró afligido y se ofreció a ayudarnos en la búsqueda, pero creímos que sería mejor que se quedara en casa por si ella acudía a verlo.

Pasaban de las once de la noche cuando regresamos al hotel. Oswald dijo que no podía quedarse quieto; yo permanecería allí por si surgía alguna noticia, pero él se iría a ayudar a la policía.

Cuando marchó, decidí registrar la habitación de la señora Henshawe. Se había llevado el pesado abrigo y las pieles, a pesar de que la noche era cálida. Cuando descubrí que faltaban las dos mantas gruesas, me pareció adivinar adónde había ido. ¿Debía ir a la comisaría en busca de Oswald? Me senté para meditarlo. Me pareció

que Myra tenía derecho a elegir el modo en que deseaba llegar a su inevitable fin. Un anhelo lo bastante intenso para levantar aquel cuerpo enfermo y arrastrarlo de nuevo al mundo debería lograr su propósito.

A las cinco de la mañana, Henshawe regresó acompañado de un agente de policía y de un cochero negro. El cochero había ido a la comisaría para informar de que, a las seis de la tarde de la víspera, una señora con unas mantas le había hecho señas desde la puerta lateral del hotel y le había pedido que la llevara al embarcadero. Cuando ya estaban cerca, le había indicado que no deseaba apearse allí, sino que quería seguir por la costa, y le había dado las indicaciones pertinentes. Llegaron así a un acantilado. El cochero la había ayudado a bajar, había colocado las mantas bajo el único árbol que allí había, y ella lo había despachado tras darle una moneda de oro de diez dólares. Él había objetado que la suma era excesiva y que temía meterse en un lío si la dejaba sola en aquel paraje. Pero ella le había dicho que esperaba a una amiga y que no debía preocuparse. La señora, añadió, se había mostrado muy amable y convincente. Luego, cuando el cochero llegó al establo para dejar el caballo, se enteró de que la policía estaba buscando a una mujer que había perdido la cabeza y se asustó. Fue a casa y habló con su mujer, que lo envió a la comisaría.

El cochero nos llevó a Oswald y a mí al promontorio, acompañados por el agente de policía, que insistió en venir. La encontramos envuelta en sus mantas, apoyada en el tronco del cedro, de cara al mar. Tenía la cabeza caída hacia delante y el crucifijo de ébano entre las manos. Debía de haber muerto pacíficamente y sin sufrir. Todo indicaba que había logrado ver el amanecer antes de morir. Mientras contemplábamos la vista, esperando junto al cadáver la llegada del sepulturero y del padre Fay, le conté a Oswald que Myra había expresado el deseo de ver la salida del sol sobre el mar, y eso lo consoló.

## VII

Aunque había vuelto a la fe de su infancia con gran fervor, Myra Henshawe no había cambiado la cláusula de su testamento por la que solicitaba que su cadáver fuera incinerado y sus cenizas enterradas «en algún lugar solitario y poco frecuentado de las montañas, o en el mar».

Cuando todo terminó y sus cenizas reposaron en una pequeña caja de acero, una mañana Henshawe me llamó a la habitación de Myra, donde estaba empaquetando sus cosas, y me dijo que se iba a Alaska.

—Oh, no voy en busca de fortuna —dijo, sonriente—. Eso es para los jóvenes. Pero la naviera me ha ofrecido un puesto en sus oficinas de allí. Siempre he querido ir a Alaska y ahora no hay nada que me lo impida. Esta pobre caja vendrá conmigo; esparciré sus cenizas en algún punto de las inmensas aguas. Y quiero que esto te lo quedes como recuerdo. —Dejó caer en mis manos el collar de amatistas talladas que ella llevaba la noche en que la conocí.

—Y, Nellie... —Hizo una pausa, de pie ante mí, con los brazos cruzados en la misma postura exactamente que había adoptado en aquella fiesta de Nochevieja, al colocarse tras la silla de la Modjeska a la luz de la luna; como una estatua o un centinela, había pensado yo entonces, sin saber cuál era la sensación que me producía su actitud; ahora sabía que denotaba una perseverancia indestructible..., una juventud casi indestructible—. Nellie —dijo—, no quiero que la recuerdes como la has visto aquí. Recuérdala tal como era cuando estuviste con nosotros en Madison Square, cuando era la auténtica Myra y vivíamos felices. Sí, más felices de lo que suelen ser la mayoría de los mortales. Cuando cayó enferma, el recuerdo de aquellos tiempos se ensombreció. La vida fue dura para ella, pero también magnífica; tuvo grandes y hermosas amistades. Bien es verdad que actuaba de un modo absolutamente irracional cuando estaba celosa. A veces sus sospechas eran... casi fantásticas. —Sonrió y se pasó la punta de los dedos por la frente, como si el recuerdo de aquellos celos fuera aún agradable y desconcertante a la vez—. ¡Pero así era Molly Driscoll! Prefería que ella me clavara sus garras, como solía decir, a que me acariciara cualquier otra mujer que conociera. En estos últimos años he tenido la sensación de cuidar a la madre de la muchacha que se fugó conmigo. Nada consiguió arrebatarme nunca a aquella muchacha. Era una criatura salvaje y encantadora, Nellie. Ojalá la hubieras conocido entonces.

Varios años después de despedirme de él definitivamente, Oswald Henshawe murió en Alaska. Aún conservo el collar de amatistas, aunque dan mala suerte. Si lo saco de su estuche para ponérmelo, siento un frío que me hiela el corazón durante toda la velada. Algunas veces, al observar el esplendoroso comienzo de una historia

de amor, al ver cómo un sentimiento vulgar se eleva a la belleza por la imaginación, la generosidad y la ardiente valentía de la juventud, he vuelto a oír aquella queja extraña que susurró una mujer moribunda en la quietud de la noche, como la confesión del alma: «¿Por qué he de morir así, a solas con mi enemigo mortal?».



Willa Cather nació en Virginia, en 1873. Se trata de una de las novelistas norteamericanas más importantes de la primera mitad del siglo xx, admirada, entre otros, por el exigente William Faulkner. Trabajó como periodista y editora, y conoció el mundo de la enseñanza. Entre sus obras más importantes se encuentran: *My Antonia* (1918) y *One of Ours* (Premio Pulitzer, 1922). Murió en Nueva York en 1947.

# Notas

[1] Situada a orillas del río Hudson, el nombre de esta zona tiene sin duda origen militar. Del extremo sur de Battery Park parte el ferry de Staten Island. (*N. de la T.*)

<<

[2] En este párrafo, la señora Henshawe imita el habla coloquial característica de personas de escasa cultura, irreproducible en la traducción. (*N. de la T.*) <<



[3] Aquí la autora vuelve a reproducir el habla coloquial atribuida a la vecina de la señora Henshawe, por lo que interpretamos que en esta ocasión también la imita, lo que explicaría la aparición de esta desconocida «señora Casey». (*N. de la T.*) <<